



SS

**SERVICIO
SECRETO**

MARK HALLORAN

FUNERAL POR UN TRAIIDOR

A la derecha había un carro al que faltaba una rueda, un barril vacío de los que se emplean para envasar arenques, y a continuación una valla. A la izquierda, un seto; más allá del seto se distinguía la forma oscura de una casa de campo, de una granja pequeña. Junto a la granja se alzaban las construcciones auxiliares destinadas a establos y corrales.

Había llovido a primera hora de la noche, pero ahora comenzaba a aclarar y los rayos de la luna arrancaban reflejos plateados de los charcos de agua. La luna y sus reflejos eran la única luz que brillaba en cuanto alcanzaba la vista.

Por el camino que pasaba entre el seto, a un lado, y el carro, el barril y la valla al otro, venía la patrulla. Era su hora: entre once y diez y once y cuarto, nunca un retraso mayor de cinco minutos; así se lo habían dicho al hombre que aguardaba pacientemente oculto detrás del barril.



Mark Halloran

Funeral por un traidor

Bolsilibros - Servicio Secreto - 504

ePub r1.0

Lds 30.06.17

Título original: *Funeral por un traidor*

Mark Halloran, 1960

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





Mark Halloran

**Funeral por
un traidor**

1ª. EDICIÓN

ABRIL - 1960

EDITORIAL

Proyecto, 2-T 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

Funeral por un Traidor

***por
MARK HALLORAN***



CAPÍTULO PRIMERO

A la derecha había un carro al que faltaba una rueda, un barril vacío de los que se emplean para envasar arenques, y a continuación una valla. A la izquierda, un seto; más allá del seto se distinguía la forma oscura de una casa de campo, de una granja pequeña. Junto a la granja se alzaban las construcciones auxiliares destinadas a establos y corrales.

Había llovido a primera hora de la noche, pero ahora comenzaba a aclarar y los rayos de la luna arrancaban reflejos plateados de los charcos de agua. La luna y sus reflejos eran la única luz que brillaba en cuanto alcanzaba la vista.

Por el camino que pasaba entre el seto, a un lado, y el carro, el barril y la valla al otro, venía la patrulla. Era su hora: entre once y diez y once y cuarto, nunca un retraso mayor de cinco minutos; así se lo habían dicho al hombre que aguardaba pacientemente oculto detrás del barril.

Componían la patrulla seis soldados y un cabo. Chapoteaban en el suelo fangoso: siete figuras oscuras, difícilmente visibles. Sus cascos de acero habían sido convenientemente cubiertos para impedir que la luna se reflejara en ellos como lo hacía en el agua.

El hombre, desde detrás del barril, les vio pasar humedeciéndose los labios con la lengua. Pensó sin saber por qué en los miles de patrullas similares que en aquellos momentos estarían haciendo su recorrido en otros tantos lugares de Europa, desde el cabo Norte a Sicilia, desde Normandía al Don. Pasmoso. El Ejército alemán se había extendido como una mancha de aceite por encima de todas las fronteras. Sobre miles de kilómetros iluminaba la luna los mismos cascos, las mismas botas, los mismos uniformes. Tres años de guerra habían bastado para aquello. Tres años de pesadilla. El

hombre, viendo pasar a los soldados, recordó con qué tranquila indiferencia había tomado el sol en las playas de Egmond durante el verano de 1939. Finalizaba ahora el verano de 1942, y en las playas de Egmond ya no tomaba el sol nadie. Puede que nadie volviera a tomarlo jamás.

La patrulla se alejó por el camino cubierto de barro.

El hombre aguardó todavía unos minutos. Luego abandonó su escondrijo, atravesó el camino rápidamente, rebasó el seto y se dirigió hacia la granja.

Ésta parecía deshabitada: ninguna luz, ningún rumor, ninguno de los signos habituales de vida que en una casa se perciben incluso a medianoche. El hombre, sin embargo, aproximóse con resolución a una de las fachadas laterales y golpeó con los nudillos las cerradas contraventanas.

No ocurrió nada.

Transcurrido un instante, el hombre, sonriendo en la oscuridad, dijo:

—Abre, Heidi. No tengas miedo.

Esperó en vano.

—Abre —insistió en tono tranquilizador, casi con ternura—. He venido a hablarte del conejo de trapo que un muchacho te regaló en la feria de Weesp. No lo habrás olvidado, supongo.

Una débil voz femenina preguntó al fin a través de las hojas de madera:

—¿Quién es usted?

—¿Cuántas personas saben que ese muchacho te regaló el conejo?

Las contraventanas se abrieron bruscamente.

—¡Jan! ¡No es posible!

La voz femenina había vibrado con intensa emoción, con una parte de horror, con otra de asombro. El alféizar de la ventana le llegaba al hombre al pecho. En el hueco, un cuadro de tinieblas, se dibujaba una figura clara.

El hombre se situó de modo que la luna iluminara su rostro.

—Soy yo, Heidi.

Oyó un sollozo, y luego silencio. Pero la figura clara seguía allí, inmóvil. No se movió ni siquiera cuando él avanzó, trepó de un salto al alféizar y se introdujo en la habitación.

Un susurro:

—Jan, estoy soñando.

El hombre estrechó entre sus brazos un cuerpo tibio, apretó desesperadamente contra el suyo un pecho palpitante. No dijo nada. Besó un rostro húmedo de lágrimas, hundió los dedos en una masa de cortos rizos. Halló unos labios.

El beso le produjo una sensación como de desgarró luminoso, una felicidad tan intensa que casi dolía. Cerró los ojos y se abandonó, hasta notar que el tibio cuerpo se estremecía y los labios se apartaban suavemente de sus labios.

En su turbación se percató a medias de que las contraventanas eran cerradas y tras un breve intervalo de oscuridad absoluta se encendía una luz. Una muchacha estaba ante él. Vestía un casto camisón blanco ceñido al cuello y que le colgaba hasta los pies. Había algo infantil en ella: en el delicioso corte de su cara, en los rizos castaños de su cabello; pero sus verdosos ojos apasionados y su carnosa boca entreabierta eran los de una mujer, y también las firmes formas que se adivinaban bajo su holgada vestidura.

El hombre se dijo que no había cambiado. No en lo substancial. Era la misma muchacha a quien cierto día que ahora parecía perdido en el abismo del tiempo, había regalado él un conejo de trapo en la feria de Weesp. La miró con estupefacción desde el cabo de aquellos años de guerra, y de cosas que no eran la guerra; de cosas sucedidas antes, cuando todavía era posible tumbarse a tomar el sol en la playa escuchando las notas de *Lambeth Walk* o *Rose Marie* difundidas por los altavoces del establecimiento de baños.

La joven dijo con voz trémula:

—Te creíamos muerto, Jan. Si supieras lo que siento... Llegar así, de pronto, en plena noche. Un muerto. Hace más de dos años. Nadie sabía nada...

—Perdóname, Heidi.

—¿Perdonarte?

—Tú sí tenías derecho a saberlo. Te hubiera avisado si hubiese podido.

—¿Dónde estabas?

—Imagínalo.

—¿Prisionero de los alemanes?

—Quizá.

—Tu compañía fue aniquilada en el Mosa, ¿no es así? ¡Jan, tu nombre está todavía en la lista de bajas del Ayuntamiento! ¡Oh, cielos, y tú vives, tú vives! ¡Porque no se trata de un sueño!

El hombre había conseguido dominar su emoción. Sonreía vagamente. Miró en torno, y sus ojos se posaron sucesivamente en el estrecho y humilde lecho, en las ropas ordenadamente dispuestas sobre una silla, en los estantes llenos de libros, en el anticuado lavabo de porcelana. Encima de una mesa se veía una escudilla con una porción de queso y un trozo de pan de color amarillo-pardo; junto a la escudilla, una jarra de agua.

—No, no se trata de un sueño —declaró—. Estoy vivo. En mis papeles consta que he sido liberado del campo de prisioneros de Klauen.

La muchacha avanzó hacia él.

—¿Por qué lo dices de ese modo? ¿Qué pasa, Jan? ¿Acaso... acaso te has fugado?

—No. Pero no hablemos de ello. —Jan sonrió y tomó entre las suyas las manos de la joven—. Hablemos de ti. Me han dicho que vives en la granja que fue de tus abuelos, que murieron tus padres, que sigues en la escuela...

—¿Vienes de Amsterdam? ¿Has estado en mi antigua casa?

—He venido directamente. Quería verte a ti antes que a nadie.

—Entonces, ¿quién te ha dicho que vivo aquí?

—Alguien a quien tú no conoces.

Heidi se desasíó. La emoción, la sorpresa del primer instante, habían pasado. Ahora miraba al hombre con expresión preocupada.

—Jan, no comprendo...

—No necesitas comprender.

Ella fue a sentarse al borde de la cama.

—Dime a qué has venido —pidió—. Si estás en un apuro, por supuesto te ayudaré; si huyes, si necesitas ocultarte... Te burlaste una vez de mí, Jan, pero sabes perfectamente que no te guardo rencor. Cuenta conmigo si es para bien. Ahora, si lo que ocurre es que vuelves a las andadas...

—¿Qué?

—Tú suplico que te marches y me dejes en paz. No tienes derecho a hurgar en las antiguas heridas. Soy franca contigo, Jan, ya lo ves.

El estaba en pie junto a la mesa, tamborileando sobre ésta con los dedos.

—He venido porque te quiero —declaró.

La muchacha se estremeció.

—Por favor, Jan.

—He venido porque te quiero —repitió él fríamente—. Voy a Amsterdam, nada concreto tengo que hacer aquí, pero no he podido menos que detenerme para verte. Han ocurrido muchas cosas, Heidi; el mundo ya no es lo que era, yo no soy lo que era. He sufrido. He aprendido a vivir, precisamente cuando todo alrededor respira muerte. Y desde que me marché, sólo tú has existido en mi pensamiento, sólo tú. Lo demás se ha borrado. He necesitado estar a punto de perderte para comprender cuánto te quería, cuánto significabas para mí, hasta qué punto eras una parte, la mejor, de mí mismo. Por eso me he detenido aquí esta noche.

—Me gustaría poder creerte —murmuró con amargura la muchacha.

—Tú me quieres.

—¿Halagará tu vanidad que lo confiese?

—Sé que me quieres. Y confiaste en mí una vez. Desde aquella noche en la feria de Weesp...

—Estoy pagando el error todavía, Jan.

El movió negativamente la cabeza.

—Heidi, entérate: voy a Amsterdam para reunirme con Dick Groot. Voy con un propósito, con un objetivo determinado. Cuando lo haya conseguido, volveré junto a ti, y si tú lo deseas emprenderemos juntos una nueva vida.

—¡Jan!

—Estoy diciéndole la verdad, Heidi. Un hombre no resucita para mentir.

La muchacha le miraba fijamente, inmóvil, crispadas las manos en el regazo.

—Tú siempre fuiste...

—¡La única persona en el mundo que sabe cómo fui y cómo soy en realidad eres tú! Lo pasado, pasado.

Hubo un silencio.

—Aquella mujer —dijo lentamente Heidi— está con Dick Groot.

—¿Ada? Lo sé. ¿Qué importa?

—Hablemos claro, Jan. Fue ella quien te apartó de mi lado y te empujó por el mal camino. Dices que vas a reunirse con Groot, que volverás a verla, y sin embargo que tú y yo...

—Sí, Heidi.

—Dick Groot no es ahora lo que antes de la guerra, no es un contrabandista y un pistolero. Dicen que tiene bajo su mando una de las organizaciones de resistencia más importantes de Holanda, que los alemanes le fusilarían al instante si descubrieran la menor prueba contra él, y que si no lo hacen es porque ha sabido protegerse con mucho talento. Si todo esto es así. Jan, ¿por qué vuelves tú a su lado? ¿Y de dónde vienes? ¿Quién te envía? ¡Ha cambiado tanto todo! ¡Habéis cambiado tanto los hombres!

—¿Tienes miedo?

—Todo el mundo tiene ahora miedo.

—¿Lo tienes de mí?

La muchacha titubeó. Bajó los ojos.

—Sí, Jan.

El avanzó hacia la cama, se sentó a su lado y apoyó una mano sobre las suyas.

—¡Mírame! Confiaste en mí una vez, cuando yo era demasiado joven, demasiado ambicioso y demasiado estúpido para apreciar el valor de la felicidad que me ofrecías. Dame una segunda oportunidad, Heidi. Aunque no me comprendas, aunque no conteste a tus preguntas, ¡dámela, te lo suplico!

Ella le miró, pero no pronunció palabra.

¡Jan Van Oss! ¡Un muerto que resucitaba en medio de la noche para turbar como una tempestad la resignada paz de su espíritu!

Una pesadilla sin despertar posible.

Sus ojos recorrieron los varoniles rasgos de aquel hombre que reaparecía trayendo consigo un mundo caducado, aniquilado, aplastado y destrozado por las botas de los soldados, las cadenas de los tanques y el estallido de las granadas. Jan Van Oss lo había sido todo para ella antes de que aquel mundo desapareciese. Ahora, resistiéndose a aceptar el testimonio de sus sentidos, volvía a ver su frente despejada, sus enérgicas cejas, sus enigmáticos ojos grises, la línea tensa de su nariz, los labios casi crueles, el mentón agresivo partido por un hoyuelo; volvía a hallar el contacto de sus fuertes manos. ¿Una pesadilla? ¡Oh, Dios! Jan Van Oss continuaba siéndolo

todo para ella...

¿Era posible que, la guerra se lo devolviese? ¿Podía la guerra devolverle lo que la paz le había robado?

Ada Ley den tuvo la culpa. Por Ada Leyden, por su sonrisa incitante, por su cabello rubio, por sus procaces curvas y su exhibicionismo desenfadado, el muchacho de la feria de Weesp se había hundido un día en el fango dorado donde gozaban Dick Groot, Hiram Waalwik, Will Smuts y los demás capitostes del hampa de Amsterdam. Por culpa de Ada Leyden le había perdido, y la guerra se lo llevó antes de que pudiera recobrarle.

¿Era un milagro lo que ocurría ahora? ¿O era una traición, un fraude a sus sentimientos, un cobarde engaño?

Heidi notó que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¡Te quiero, Jan! —exclamó ahogadamente—. ¡Te querré siempre, aunque se me destroce el corazón!

Y dejó que él volviera a estrecharla entre sus brazos.

CAPÍTULO II

Alimentado por el gasógeno, el motor del destartelado camión condujo a este hasta lo alto de la cuesta, donde el hombre esperaba recostado contra un poste de teléfono. Allí se detuvo. Un rostro rubicundo asomó por la ventanilla de la cabina.

—¡Eh, Jan!

Jan Van Oss se adelantó perezosamente.

—¿Qué tal, Dick?

Dick Groot abrió la portezuela.

—Sube y no te desmayes de emoción. ¡Vamos, Jan, no te quedes allí pasmado! No sabes las ganas que tenía de verte.

Jan montó en la cabina del camión y se instaló en el asiento. La tapicería de éste, rota y desgastada, escupía manojos de crin. Los muelles se clavaban en la carne. Mirando a su antiguo amigo de reojo, Jan se dejó palmear el hombro y le estrechó la mano. Pensó que Dick Groot era otro hombre. Había perdido un poco de cabello y empezaba a echar carnes, pero no era esto lo que le hacía diferente. Tampoco eran sus ropas de trabajo: chaqueta de cuero, pantalones de pana, botas; a su manera característica, Dick se las ingeniaba para aparecer tan elegante con ellas como antaño con sus camisas de seda y sus trajes de corte inglés. Era más bien algo interior, que se traslucía en la ligera arruga de su entrecejo, en las duras líneas de su boca, en su porte, en toda su actitud, e incluso en el timbre de su voz. Se advertía al sentarse junto a él: Dick Groot era ahora un héroe, o por lo menos se consideraba tal.

—Me he quedado mudo al recibir tu aviso, Jan —estaba diciendo—. He venido disparado. No quería perderte, ¡infierno!, claro que no... ¡Cualquiera suelta a un tipo como tú en las presentes circunstancias! De modo que he agarrado nuestro mejor vehículo, ¡y

hala! Yo solo. —Puso de nuevo el camión en marcha, entre angustiosos ruidos del motor—. He venido yo solo, ¿entiendes? Tenemos tanto que hablar, que la presencia de los muchachos hubiera estorbado. Y no se han quedado por falta de ganas... Casi tuve que pegarle a Bibo para convencerle.

—¿Bibo?

—Bibo Hertog, ¿no te acuerdas? Ahora vive como un marqués: dueño de mía imprenta que se dedica, ¡figúrate!, a editar propaganda hitleriana subvencionada por los alemanes. Bibo es un nudo clave en la red.

—¿En qué red?

—En la mía.

Una bandera roja con la cruz gamada ondeaba en el balcón de un edificio, en una travesía a la derecha. Jan lanzó una rápida mirada hacia allí, y su acompañante lo notó.

—Vamos, chico, olvídalo —dijo, dándole un golpe en el brazo.

—Será difícil.

—Aguarda y verás que no. —Dick rió secamente—. Ya sé que las has pasado moradas, muchacho. Ya sé. Tu llamada telefónica no ha sido la primera noticia que he recibido de ti. Me habían avisado por anticipado de tu regreso a Amsterdam y de que podía contar contigo como en los buenos tiempos... ¡Cáscaras, Jan! Sin una información de primera clase estaríamos aquí aviados. Aguarda y verás.

Jan suspiró y se acomodó en el asiento.

—Todo ha cambiado.

—Por supuesto. ¿Y qué? Hace tres años hubiera acudido en tu busca con un «Rolls» de lujo, ahora lo hago con un maldito gasógeno. ¿Y qué? También este cacharro es un lujo que no muchos se pueden permitir. Un privilegio que me otorgan los alemanes: soy concesionario del transporte de harinas, persona considerada en los círculos nazis. —Dick volvió a reír—. ¡Imbéciles! Se dejan engañar como chinos en cuanto uno les hace unas cuantas zalemas.

—Transporte de harinas. Eso no concuerda del todo con el Dick Groot que trabajaba para Hiram Waalwijk.

—¡Háblame de la prehistoria!

—Trabajabas para él cuando me marché de Amsterdam y no estabas precisamente satisfecho.

Dick arrugó la frente.

—Olvidaba que has vivido fuera del mundo. Bueno, por la época en que tú te marchaste cambió el panorama. La guerra fue buena para los negocios, sobre todo si uno había conseguido evitar que le embutieran en un uniforme. Hiram Waalwik la diñó, ¿no lo sabías?

—No.

—Pues murió en el mejor momento, cuando centenares de artículos comenzaban a valer su peso en oro. Ya no había que preocuparse de los diamantes como antes de la guerra. Harina, tejidos, cuero, azúcar, ¡incluso queso!, en todo había una fortuna. Con una organización ya montada, pudiendo adelantarse a los demás, calcula tú... Operaciones en Francia, Bélgica, Inglaterra, Dinamarca. Y los diamantes por las nubes. Fue una lástima que tú te marcharas al frente.

—Una lástima —asintió Jan, sombrío—. Pero la muerte de Waalwik debió de representar un gran engorro. El era el gran cacique, nadie podía mover un dedo sin su aprobación. Las riendas de todo estaban en sus manos.

—Fue lo contrario de un engorro. —La risa de Dick sonó ahora falsa—. A su muerte, Smuts se consideró con derecho a heredar la jefatura. ¡Wilhelm Smuts! ¿Te acuerdas de su jeta? ¡Un sapo a quien el gran Waalwik tenía siempre a sus pies! Y, sin embargo, estuvo inspirado. Creyó organizar los negocios a su gusto, y en realidad los arregló al mío. Cuando llegaron los alemanes le dimos la patada. Desde entonces, el amo soy yo. Se acabaron los caciques. Vivimos en guerra, en un país ocupado por el enemigo, y Holanda necesita del esfuerzo de todos. ¿Qué te parece? Me he llenado ya suficientemente los bolsillos, Jan. Ahora me juego el pellejo, y no por dinero precisamente. Tendrás que acostumbrarte a esta idea.

Jan preguntó a media voz:

—¿Cómo fue?

—¿Cómo fue qué? ¿El cambio de panorama?

—Lo de Waalwik.

—Will Smuts se las ingenió para que pareciese un accidente. Un coche le pasó por encima.

—¿Murió en el acto?

—En el acto —asintió Dick, mirando a su amigo de reojo.

—Tú trabajabas para Hiram Waalwik.

—¡Despacio, chico! Por aquellos días todo se venía abajo. Waalwik contemporizaba con los alemanes, se hubiera vendido a ellos en cuerpo y alma y nos hubiera vendido a todos con él. Eso no, Jan. Smuts, que estaba descontento, vislumbró una ocasión, y yo le allané cuanto puede el camino.

—¿Tuviste parte en lo del coche?

—No directamente.

—Entiendo. Tú no le allanaste el camino a Smuts: fue él en realidad quien te lo allanó a ti. Tú no has subido como sucesor de Smuts, sino que le derribaste para subir como sucesor de Waalwik. Eso fue lo que pasó.

Dick Groot se encogió de hombros.

—Era necesario. La guerra, chico. La ocupación nos abrió a muchos los ojos. Antes que dedicarse a los negocios hay que arrojar al enemigo de casa. De pronto nos encontramos con una tarea importantísima que desempeñar, con un puesto que nadie podía cubrir mejor que nosotros y para el cual servía a maravilla nuestra experiencia. Aquí no hay que vestir uniforme ni marcar el paso, ¡uno, dos!, pero se hace lo que no haría un regimiento. Ya te contaré detalles.

Hubo un silencio. El camión marchaba jadeando por las calles de la periferia de la ciudad.

—Dick, todo eso es para mí una sorpresa —dijo luego Jan—. Vengo a ciegas a Amsterdam...

—Desconectado. Pero no te preocupes. Yo estoy arriba, y tú conmigo.

—Gracias.

—No tienes que darme las gracias. A ti debo lo que soy, muchacho. Has sido mi maestro. Tú me tendiste la primera mano cuando estaba en el arroyo y me empujaste adelante, siempre adelante. Ya no he parado. Empecé cepillándote los pantalones, ¿recuerdas?, el año treinta y ocho, no más temprano que el treinta y ocho. Luego conduje tu coche en el viaje a Amberes, y le pegué un tiro al belga, Grappe se llamaba, y me partieron una pierna de un balazo. Todavía me duele los días húmedos. Pero yo he hecho algo que tú no hiciste, Jan: he sido flexible. Sumamente flexible. Como un muelle. Me he adaptado a las circunstancias. Marcharse al frente como tú te marchaste, ser uno más con un fusil, no resolvía nada.

Aquí ha habido tareas mucho más importantes.

—Quizá. —Jan contemplaba por la ventanilla el desanimado panorama de la ciudad—. No obstante, tenías por delante a gente que no era manca ni tonta: Stembergen, Hambrandt, Flakken, qué sé yo. ¿Qué ha sido de ellos?

—Flakken murió, Hambrandt está en un campo de concentración, Stembergen y otros varios se hundieron con Will Smuts y desaparecieron del mapa.

—¿De los viejos no queda nadie?

—Seguro que sí. Está Bibó Hertog, está Tony Van Loon, está Vlaeminck...

—Comparsas.

—Eran comparsas antes de la guerra. Me gustará que los veas hoy.

El motor del camión comenzó a fallar. Dick lo arrimó a la acera, lo detuvo y se apeó con un atizador para hurgar entre las brasas del gasógeno. Alto, corpulento, rubicundo, a Jan le sorprendía verle moverse con tanta desenvoltura y eficiencia. Recordaba perfectamente la época en que Dick Groot era un muchacho de mirada huidiza y manos torpes, con una afición malsana por las pistolas. Una época en la que no solía reír, mientras que su risa brotaba ahora al menor pretexto.

El motor volvió a funcionar. El camión prosiguió la marcha.

—Dick —dijo Jan, recostándose en el asiento y entornando los párpados.

—¿Qué quieres?

—Saber la verdad. ¿Por qué me admites a tu lado sin la menor vacilación, sin hacerme una sola pregunta?

—¿Qué pregunta puedo hacerte?

—He estado tres años ausente. Tres años con los alemanes.

—En un campo de prisioneras, lo sé. En Klauen. ¿Y bien?

—Quizá no soy de fiar si, como parece deducirse de lo que me cuentas, te dedicas a la resistencia clandestina.

Dick tardó en responder.

—Me arriesgo porque te necesito. Tú eres un cerebro, y duro como una roca. Se te echa de menos en mi organización.

—Las cosas han ido bien sin mí.

—También tus cosas iban bien sin mí cuando me sacaste del

arroyo.

—Es distinto. Esto es la guerra, Dick. Yo la he vivido de cerca. Temo que vosotros, sin haberos movido de Amsterdam...

Dick se volvió y miró a su amigo a la cara.

—Jan, no irás a rajarte, ¿verdad? ¿Qué te pasa?

—Vengo del infierno, y me moriría si tuviera que volver. Aquí estaré sometido a control, serán vigilados mis pasos; por lo menos durante algún tiempo. Al menor traspies se me echará la Gestapo encima. Puedo arrastraros a todos si me hundo.

—No te preocupes por eso. No hay cuidado. Yo muevo todos los hilos de la ciudad, absolutamente todos. Nadie se enreda en ellos si yo no quiero. ¿Te acuerdas de Charlie Borken?

—Vagamente —titubeó Jan—. Sí, ya sé... Un oficial de policía a quien Waalwijk untaba la mano. Fue degradado cuando se descubrió.

—Exacto. Bueno, ahora es el jefe de policía de Amsterdam y el hombre de confianza de las autoridades alemanas. Nosotros mismos le conseguimos el cargo.

Jan no dijo nada. Se quedó mirando por la ventanilla y a través del parabrisas el laberinto de canales y calles cuya fisonomía a duras penas lograba reconocer. Había notado ya que Dick no conducía el camión a ninguna parte, que se limitaba a deambular sin rumbo para poder conversar a solas con él en la cabina.

—¿Y bien, Jan?

Jan hizo un gesto vago con la mano.

—La vida no será fácil para mí —repuso—. No puedo elegir. De acuerdo, Dick: me quedaré contigo; pero no olvides lo que te he dicho de la Gestapo.

—Eso es hablar. —Las palabras de Jan habían hecho que a Dick se le iluminara el rostro—. Tú verás cómo nos desenvolvemos, ¡tú verás! Tengo el proyecto de montar una cadena de pequeños grupos de choque a lo largo de las líneas de comunicación alemanas, organizando los focos locales de resistencia dispersos desde aquí a la frontera. La Wehrmacht es poca cosa para mí si cuento con la colaboración de una mano fuerte: la tuya, Jan.

—Castillos en la arena.

La luz del rostro de Dick se apagó un tanto.

—No digas eso, chico. Espera a ver cómo funcionan las cosas en

la ciudad. Una maravilla. Tenemos un centenar de actos de sabotaje en nuestro haber, hemos salvado y enviado a Inglaterra a un par de docenas de soldados, pilotos y agentes aliados, suministramos información a los servicios de espionaje británicos. En Londres se quitan el sombrero cuando oyen mi nombre. Tengo la mitad de la partida ganada.

—¿Tu red?

—Mi red —asintió Dick arrugando la frente—. Mallas de acero. Dancings, restaurantes, hoteles, *music-halls*, teatros, mujeres bonitas e infinidad de negocios de todas clases para los alemanes que vienen en rebaño a Amsterdam ansiosos de descanso y diversiones; todos ellos trabajan para mí de agrado o por fuerza. Y los grupos de acción que vuelan puentes, asaltan convoyes y tienden emboscadas a los destacamentos. Y yo encima, Jan.

—Ya veo —murmuró Jan.

—Todo eso está a tu disposición y puede causar muchísimo más daño que el fusil que te dieron cuando te incorporaste a filas. Así que, sitúate donde mejor te convenga, y a la lucha. Desde mañana puedes empezar. Cuenta conmigo.

—Ya veo —repitió Jan—. Parece sencillo tal como tú lo presentas. Y es un rasgo que nunca olvidaré, Dick.

—¡Bah, el favor es recíproco! —rió Dick, dándole un codazo—. Hay sitio para los dos. La gente buena escasea.

Consideraba terminada la conversación, observó Jan. Había metido el camión por la avenida de la Industria y lo conducía en línea recta hacia la zona residencial de Spandoorn. Se le veía satisfecho.

También el elegante Spandoorn, con sus chalets entre álamos, sauces y chopos de hoja plateada, mostraba la indefinible tristeza de la guerra. En no pocos de los chalets, residencia antes de 1939 de ricos comerciantes, navieros, industriales y representantes consulares extranjeros, ondeaba ahora la bandera roja con la cruz gamada.

—Mira, ésa es mi choza —dijo Dick. Detuvo el camión ante la puerta de la verja—. Se la compré a un americano. ¿Qué te parece?

La casa era bastante grande, de líneas atrevidas, con un pórtico y unas terrazas como bandejas, bien soleada. Se veían una piscina y un cuadro de césped.

—Me acuerdo de tu antiguo cuarto sobre el «Café Mundial» — declaró Jan—. Ventana con vista a los muelles: un lujo.

Entraron. Dick reía.

En la decoración del vestíbulo no se advertía una sola nota discordante. A un lado, un arco daba paso a la sala de estar.

—¿Te gusta?

—Hum.

—Adelante. Se impone un trago, chico.

Traspasaron el arco.

En la sala de estar, sentada en un diván, al fondo, había una mujer. Lo primero que vio Jan fueron sus piernas cruzadas, enfundadas en seda.

—Ésta es Ada —dijo Dick, señalándola con el pulgar—. Ada, te presento a Jan Van Oss, un viejo amigo... ¿O me rueda por la cabeza la idea de que ya os conocéis? En fin, me has oído hablar de él muchas veces...

Llevaba un escotado vestido estampado, y en la muñeca una gruesa y exótica pulsera, bella, pero carente de valor: una típica joya de guerra. Jan pensó que la moda femenina se había estacionado en 1939. Como infinidad de cosas en Europa, como todas las cosas que no servían para matar y destruir.

Pero el violento atractivo de Ada Leyden estaba por encima de la moda, de la guerra y de la paz. Jan sintió una emoción rara al verla. De pronto, las perspectivas que Dick Goort le había pintado adquirirían sus verdaderos colores. Ada se hallaba de por medio. Sabía que iba a encontrarla, aunque no por ello el impacto de su presencia había sido menos fuerte.

Cerró los ojos. La última vez que había besado a aquella mujer fue en el Club Náutico de Egmond, cuando ya las botas germanas hollaban la frontera holandesa. Su risa todavía le cosquilleaba los tímpanos.

Se adelantó para estrechar la mano que Ada le tendía.

—Bienvenido, señor Van Oss —dijo ella.

Y posó en su rostro una mirada de hielo.

CAPÍTULO III

En un ángulo de la sala había un bar. Dick Groot fue allí y tomó unos vasos y una botella de ginebra.

—¡Qué cuerno de señor Van Oss y de ceremonias! —exclamó—. Se llama Jan, por si lo has olvidado. Y va a quedarse en esta casa.

—¿Aquí? —preguntó Jan.

—¡Pues claro!

Ada extendió perezosamente el brazo para poner en funcionamiento la radiogramola contigua al diván. Tomó de un lugar próximo a ella un estuche de cigarrillos.

—¿Quiere? —ofreció.

Jan aceptó y se registró los bolsillos en busca de fósforos. Luego recordó que no los tenía. Ada seguía mirándole fija y glacialmente, como esperando observar en él algún síntoma de turbación.

Dick arrojó su encendedor sobre el diván.

—Ahí tenéis.

Cuando aproximó la llamita al rostro de la mujer, Jan comprobó con satisfacción que su propia mano no temblaba. Ella no le dio las gracias, no le hizo el menor caso. Aspiró una profunda bocanada y se volvió a Dick.

—Los muchachos han venido —anunció—. Están arriba esperándote.

—¿Sí? ¿Qué quieren?

—Parece que han puesto a punto lo de Lemmer.

Dick arrugó levemente en entrecejo y avanzó hasta la mesa colocada ante el diván para dejar las copas de ginebra.

—Muy bien. —Levantó una de las copas y olfateó su contenido—. Pero bebamos primero. Por tu regreso, Jan.

Jan bebió.

Estaba pensando en el esfuerzo que la situación iba a exigirle. Era, en parte, como saltar por encima del tiempo, hacia atrás; pero no para caer en el mundo que un día abandonara, sino en otro mundo nuevo que había sido creado sin él.

Dick volvió a llenar las copas.

—No tardaré. —Miró en dirección al vestíbulo—. Cuestión de un minuto. Ada cuidará de ti... ¡Oh, Jan! ¿Qué programa prefieres para esta noche? ¿Cenar aquí? ¿O en «Tiellen's»?

¿Qué tal una pequeña fiesta?

—Lo que tú quieras.

—Desconectado. —Dick se echó a reír y empezó a alejarse llevándose su copa—. Déjalo de mi mano, y ya verás.

Salió.

De espaldas a la mujer, con el cigarrillo entre los labios, Jan preguntó:

—¿Qué sabe de lo nuestro?

—Nada. Y lo que sabe lo ha olvidado.

—¿Por qué?

—Porque es igual que tú y que todos los hombres: un globo hinchado de vanidad. —Ada expelió el humo desdeñosamente—. Qué importante te crees en mi vida, ¿verdad, Jan? ¡El generoso Jan Van Oss, que le hizo a la pobre Ada el honor de fijarse en ella!

—¿A qué viene eso?

Ada rió. Jan recordaba cada uno de los matices de aquella risa ahogada y burlona. No era un recuerdo agradable.

—¡Oh, naturalmente, tú te figuras que necesito ir contando a todos que hubo algo entre tú y yo! ¿Ya no te acuerdas de cómo te planté? ¿Has olvidado aquella última noche? Por mí te marchaste a la guerra, Jan, y eso no lo sabe nadie más que yo. Muy romántico. Fue una pena que no te mataran.

—Ada, baja de las nubes —dijo él oscuramente.

—¡Pues qué! Podría contarle a Dick que yo era una tontaina que se desnudaba en público en la pista de un *cabaret* de segunda categoría, que tú me sacaste de allí porque te entré por los ojos, y que luego, cuando ya de nada podías servirme, te despaché sin contemplaciones; pero ¿a quién le interesa eso? Ahora soy otra, Jan. —La risa de la mujer volvió a sonar—. He subido mucho. Los

infelices como tú, ¡psst!, simple basura.

Jan dio media vuelta para mirarla al rostro.

—No es verdad.

—¡Vete al diablo!

—No es verdad que sólo me entraras por los ojos. Fue mucho más. Lo es todavía. Por ti me arrimé a Will Smuts y a los contrabandistas de diamantes, e hice lo que hice. Por ti me marché a la guerra, no lo niego. Me hubiera costado poco encontrar un enchufe, como Dick y los otros. Fue por ti.

Ada le observaba con remota curiosidad. Se desperezó.

—¿Sigues queriéndome, Jan?

—No he renunciado a ti ni renunciaré.

—¡Qué bien suena eso! Aunque no conteste exactamente a mi pregunta.

Jan llenó nuevamente su copa y la apuró de un trago.

—No renunciaré, Ada —insistió—. Durante tres años he estado pensando lo mismo: tú, tú y siempre tú. El tiempo dirá si ha sido o no una suerte que volviera a encontrarte en esta casa.

—El tiempo ha dicho ya cuanto tenía que decir sobre nosotros.

—Eso lo veremos. Muy bien, era sólo un chiquillo estúpido cuando te saqué de la pista del *cabaret* y te lo di todo, y fui a buscar donde fuera lo que no tenía, y entré en el negocio de las piedras para conseguir el dinero que tú necesitabas para seguir volando. Te divertiste jugando conmigo, te burlaste de mí porque era un simple pelagatos que les guardaba las espaldas a tipos como Smuts y dejaba que me arrebatasen las buenas tajadas en mis propias narices. ¡Muy bien, Ada! Pero aquello acabó. Ahora, ¡mírame!, empiezo otra vez, en circunstancias distintas y con pie firme.

La mujer pestañeó fingiendo asombro.

—¿Con pie firme?

—Smuts ya no está, Waalwik ya no está.

—¿Qué importa? Hay algo que tú no puedes comprender, Jan: eres un fracasado, lo eras ya entonces, lo eres desde el principio, ¡desde que naciste! Llevas encima el sello de la derrota. Tarde o temprano tenías que agarrar un fúsil y correr a que los alemanes te encerrasen entre alambradas; eso, u otra cosa semejante. Ni siquiera has podido morir con dignidad. Todos lo veían. Pregúntaselo a Dick, o a Vlaeminck, o a Bibó, o a cualquiera de los que te

conocieron. Se lo he oído decir miles de veces. Yo también lo vi, por eso te dejé...

—¿Por qué, entonces, me ha traído aquí Dick? ¿Porqué se empeña en tenerme a su lado?

—Por compasión.

Jan fijó la mirada en el fondo de su vaso vacío.

—No te equivoques, Ada.

—¿Equivocarme en qué?

—En lo de Dick. Su motivo es otro. Algún día te diré cuál.

Ada se mostró por primera vez ligeramente perpleja.

—Desvarías.

—Nunca estuve más cuerdo.

—Nunca has estado cuerdo, querrás decir.

El tomó la botella de ginebra y llenó nuevamente el vaso. Su rostro era inexpresivo como el de una estatua.

—Cuando yo te eché a volar —dijo—, tú no conocías a ninguno de los que andaban metidos en el negocio de diamantes, no tenías relaciones, no tenías amigos. ¿Qué eras? Aproximadamente lo que yo: una criatura ambiciosa de dieciocho o diecinueve años...

—¿Y qué?

—Puede que yo no comprenda algunas cosas, pero son muchas las que tú no comprendes. Si yo era un pelagatos, ¿qué era Dick? ¡Ah, no, muñeca! Si él tiene el capricho de tenderme ahora la mano, no seré yo quien se lo impida, ni su mismísima abuela, ¡ni tú! Es mi gran ocasión. Después de estos años de hastío tengo ganas de divertirme un poco a costa de los alemanes. Me he ganado el derecho. Pero le demostraré a Dick que puedo ser, a mi modo, tan flexible como él. —El tono de Jan se endureció—. Y a ti te demostraré —añadió, sentándose en el diván junto a la mujer— lo tonta que fuiste dejándome escapar.

Ada reflexionó un instante, como si quisiera desentrañar el sentido de lo que oía. Luego enderezó la cabeza y rompió a reír.

—¡Siempre el mismo, Jan! ¡Un poseído, un pobre fatuo!

Había sombras en el rostro de Jan.

—¿Tú quieres a Dick, Ada?

—No me pide que le quiera.

—Nunca has querido a nadie, ¿verdad? A nadie, excepto al dinero.

—Sólo sé que a ti te he querido menos que a nadie.

—Eso está bien —dijo él.

Se inclinó hacia adelante, ciñó a la mujer por la cintura, la atrajo hacia sí y la besó con calculada brutalidad. El lascivo cuerpo de Ada se abandonó en sus brazos, enloqueciéndole, haciendo que una nube roja se extendiera ante sus ojos. Había olvidado que besarla a ella no era como besar a las demás mujeres.

Se oyeron voces en el vestíbulo.

—Suéltame, imbécil.

Jan se apartó hasta el extremo del diván, y allí quedó sin aliento, con las manos colgándole entre las rodillas. Ada le miraba burlonamente.

—Nunca aprenderás a portarte de otro modo que como un colegial. Se te ha manchado de rojo la mejilla, procura que no lo vea Dick si realmente quieres volver a empezar con pie firme.

El sacó del bolsillo un feo y tosco pañuelo. Cuando Dick Groot entró le encontró sentado, solo y ceñudo, ante su vaso de ginebra. Ada, en pie al otro extremo de la sala, se retocaba los labios sosteniendo en alto un espejito.

Dick sonreía, su cara rubicunda estaba resplandeciente.

—Bueno, habrá baile —anunció—. Vamos a tener un poco de baile esta noche.

—¿Lemmer? —preguntó Ada por encima del hombro.

—Sí. Ya está abierta la trampa.

Tan inquirió sin alzar la vista:

—¿Quién es Lemmer?

—Un cochino traidor colaboracionista, uno de los informadores especiales de la Gestapo. Vino de La Haya, decidido a estorbar desde el primer día, y Charlie Borken y los policías no pueden nada contra él, a pesar de que antes de la guerra no era más que un miserable chorizo y un chivato en sus ratos libres. El tipo tiene agarraderas en la Comandancia alemana. Hicimos llegar a su bolsillo un fajo de billetes, y el único resultado fue que al día siguiente la Gestapo recibió la denuncia de que había un depósito de armas en el almacén de Ijmuchen, y lo registró, y aunque no encontró las armas se llevó a Ijmuchen detenido. Borken le ha dicho que no quiere verle en Amsterdam. Ha sido como si se lo dijera a una pared.

—¿Y bien? ¿Vais a matarle?

—¡Oh, no! Matarle pondría a Borken en un conflicto. No hay más que mi remedio: meter a Lemmer en algo puerco, y que la policía lo tome como pretexto para retirarle de la circulación. Un pretexto lo bastante serio como para que los alemanes cierren la boca.

—¿Se meterá?

La sonrisa de Dick se acentuó.

—Le meteremos a la fuerza.

Ada se aproximó a la radiogramola, abrió un álbum de discos, sacó uno y lo puso en el plato. Conectó el aparato y miró a Jan.

—A propósito —añadió Dick—, cenaremos en «Tiellen's».

Habrà fiesta. Los viejos amigos están deseando abrazarte y me he puesto ya de acuerdo con ellos. Nos reservan la mejor mesa, las mejores botellas y los mejores platos. Ambiente selecto, te lo garantizo: en

«Tiellen's»

ya no se encuentran más que jerarcas del Partido nazi y generales de la Wehrmacht. —Lanzó una carcajada—. Hoy es un día histórico para la resistencia holandesa: ¡Jan Van Oss ha regresado a Amsterdam!

Jan no le escuchaba.

No le escuchaba porque la música había comenzado a sonar en la radiogramola. Un vals lento, sensual, cálido y nostálgico. Un vals de moda aquel verano en que la guerra lo barrió todo.

Ada lo había bailado con él la última noche en el Club Náutico de Egmond. El último baile de la última noche. Y ahora ella le miraba con ojos brillantes.

—Quita esa lata, tú —dijo Dick.

Pero Ada no la quitó.

* * *

Los rezagados abandonaron el edificio de la escuela con las carteras a la espalda, persiguiéndose entre los árboles del paseo, juguetones y ruidosos como una bandada de pájaros. En la escuela se apagó el último eco de las voces infantiles. Las aulas quedaron

vacías de cabecitas rubias.

—Buenas tardes, señorita Heidi.

Ahora salían los profesores.

—Hasta mañana, señora Neuweldt.

—Hasta mañana, doctor Dalen.

Heidi montó en su bicicleta y pedaleó a lo largo del paseo en dirección a las afueras de la ciudad. Los niños saludaban con la mano a su paso, hasta que todos quedaron atrás y el paseo desembocó en la amplia avenida de Groninga.

Ante una de las últimas casas de la avenida, al borde de la acera, un hombre esperaba. Heidi detuvo la bicicleta al llegar a su altura, pero no se apeó.

—¿Todo bien, Jan?

—Todo perfecto. Estoy en casa de Dick Groot. Ada Leyden está también allí. Todo perfecto, Heidi.

La muchacha pestañeó.

—Ten cuidado.

—Lo tengo.

—Esta noche...

—Esta noche Groot me ofrece una cena, y más tarde debo acompañarle en el cumplimiento de una misión. Nos veremos mañana, si puedo. Vivir en casa de Groot será un obstáculo. Probablemente me tendrá allí hasta estar seguro de mi lealtad, no sé. Pero nos veremos cueste lo que cueste.

Heidi lanzó una rápida mirada en torno.

—Bésame, Jan.

El movió negativamente la cabeza.

—Aquí no. No quiero que nadie sospeche ni por casualidad que hay algo entre nosotros. No quiero exponerte a ese peligro. Vete ya, Heidi.

Permaneció inmóvil al borde de la acera hasta que la muchacha se perdió de vista. Luego emprendió sin prisa el regreso al centro de la ciudad.

CAPÍTULO IV

Los dos hombres hicieron alto en la esquina.

—Aquí es.

Jan levantó la vista hasta el reloj del establecimiento que tenía delante. Las tres y veinte de la madrugada. La noche había sido agotadora. Todos habían hablado y reído de más durante la cena en «Tiellen's»,

ante la mirada protectora y suficiente de los oficiales alemanes que formaban la mayor parte de la concurrencia. Jan estrechó muchas manos a cuyas propietarios no recordaba haber visto nunca, pero que le llamaban por su nombre como si se hubieran criado juntos. También estaban allí Bibo, Vlaeminck, Van Loon, Jaspers, representantes de la antigua gente, todos ex segundones. De las viejas primeras figuras, ni sombra.

A Jan le sorprendió que la Gestapo tolerase semejante reunión.

—El secreto consiste en celebrarla ante los ojos de todos y en el restaurante más caro de Amsterdam —le había dicho Dick—. ¿Por qué va nadie a sospechar? A la Gestapo le causan alarma la clandestinidad, el misterio y la pobreza. El vino, las risas y las comilonas de los buenos burgueses holandeses no hacen sino caldearle el corazón. Es así como a los agentes alemanes les han dicho que somos al natural.

La fiesta se había prolongado mucho. Jan terminó cansado, aturdido, habiendo bebido más de lo que se propuso beber. No obstante, no había titubeado en acompañar después a Groot. Deseaba presenciar con sus propios ojos lo que tenía que ocurrir.

A pocos metros de la esquina se encontraba la persiana metálica de la relojería cuyo reloj-muestra señalaba las tres y veinte minutos. No se veía a nadie por los alrededores. No se advertía el menor

rastro de las patrullas militares en ronda nocturna. No brillaba una sola luz, como no brillaba en ninguna ciudad de la Europa en guerra por temor a las incursiones aéreas. Era perfecta la calma de la madrugada.

—Aquí es —repitió Dick con un suspiro.

Llamó con los nudillos a la persiana, y casi inmediatamente la puerta de escape se abrió. Un hombre calvo, de ojos saltones, asomó la cabeza por ella.

—Eres tú —dijo—. Pasa.

—¿Todo en orden?

—Sí.

—Éste es Jan Van Oss. Te acordarás de él.

El calvo enarcó las cejas.

—Pues no.

—No importa. Ha regresado esta mañana de Klauen.

—Bienvenido —dijo el hombre.

Jan respondió con un gruñido, y entraron. En el local había muy poca luz. Era una relojería y joyería modesta, pequeña, decorada a estilo decimonónico. Una tienda de compra-venta en un barrio obrero.



Ambos hombres cayeron enzarzados.

Por lo que Dick le había contado, Jan sabía que el hombre calvo se llamaba Thulden y que él y su hijo Gerard iban a ser los principales testigos contra Lemmer. Dick los había elegido en parte porque su establecimiento se hallaba lejos del centro de la población, en parte porque nunca habían tenido el menor roce con la policía ni con los alemanes, en parte por otras varias razones.

Al extremo del mostrador se encontraban tres individuos, dos de

los cuales empuñaban pistolas. Jan miró al tercero con interés. El físico de Lemmer no correspondía a la imagen del traidor, del delator y del pequeño delincuente que Dick le había pintado. Era un tiparrón como de cuarenta años, alto, corpulento y rubio, de cara ancha y ojos grises. Vestía un traje azul listado y tenía en la mejilla una mancha de sangre. Estaba muy sereno.

Al otro lado, un muchacho flaco, de cara viciosa y expresión ávida, ataviado con un pijama de color salmón, se pasaba nerviosamente el dorso de la mano por la boca. Jan se volvió para mirar al calvo que les había abierto la puerta. También éste vestía un pijama, sobre el cual se había puesto un viejo albornoz.

Una vitrina, a la derecha de la entrada, aparecía abierta y su contenido desparramado parcialmente por el suelo. Se veían estuches, envoltorios de papel de seda, relojes de diversas clases, todo entremezclado. Otro tanto ocurría con los cajones del mostrador.

Los hombres de las pistolas saludaron con un ademán.

—Hola —dijo uno.

Dick miraba en torno con el entrecejo fruncido.

—No está mal —reconoció—, pero faltan detalles importantes. ¿Cómo ha entrado este pájaro?

—Forzando la puerta de escape y luego la interior —sugirió apresuradamente Thulden—. Con una palanqueta.

—¿No hay timbre de alarma?

—Es antiguo. El cable puede ser localizado por la hendidura y cortado antes de entrar.

—Ya lo has oído —dijo Dick a uno de los pistoleros—. Y en silencio.

El hombre se apartó de Lemmer, se guardó el arma y sacó del bolsillo un juego de instrumentos. Se puso inmediatamente a operar en la puerta interior.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Lemmer, de pronto.

Su guardián le hurgó con la pistola en los riñones. Jan vio un destello de dolor en los ojos del confidente, seguido de una expresión de furia salvaje.

También Dick lo había visto.

—No se ponga tonto —dijo—, porque no le hará ningún bien.

—¿Quién es usted? Tengo idea que...

—Más vale no tener ideas.

El pistolero había trabajado rápidamente con la palanqueta en la puerta interior y ahora pasaba a la de escape. Miró arriba y abajo al salir a la calle para asegurarse de que nadie podía verle, y a continuación se puso a la tarea con prisa y energía redobladas. Su herramienta hacía vibrar audiblemente la persiana metálica en la quietud de la noche.

En el interior de la tienda permanecieron todos inmóviles y silenciosos, expectantes, hasta que la obra terminó. El pistolero volvió a entrar con unas gotas de sudor en la frente. Sonreía. Empezó a secarse la frente con un pañuelo.

—La palanqueta —dijo secamente Dick—. ¿A qué esperas, estúpido?

El hombre restregó con su pañuelo el utensilio, para borrar las huellas dactilares. Sosteniéndolo todavía con el pañuelo, se adelantó y ofreció el mango a Lemmer.

—Cógelo —ordenó el guardián de éste, castigándole de nuevo los riñones.

Lemmer miró desconcertado la herramienta.

—¡Te he dicho que lo cojas!

Acusando el dolor, el confidente tendió la mano y tocó la palanqueta.

—¡Con fuerza! ¡Agárrala bien!

Lemmer obedeció.

—Basta.

El pistolero retrocedió y dejó caer el instrumento junto a la puerta. Sacó del bolsillo la navajita que había utilizado para cortar el dispositivo de alarma, la limpió, y sin molestarse en imprimir también las huellas de Lemmer la arrojó al suelo.

El delator se había dado ya perfecta cuenta de lo que estaba preparándose. Jan le vio hacer una mueca de incredulidad, mirar hacia la palanqueta y Tas puertas con ojos asombrados.

Dick interpelaba mientras tanto al muchacho del pijama color salmón.

—Tú, a lo tuyo.

El joven Thulden se encogió, atemorizado.

—¿Lo mío?

—Cuenta. Anda, lo que ha pasado. Suéltalo.

—Sí, señor. —El muchacho carraspeó—. Pues ha pasado que oí un ruido. Aquí, en la tienda. Avisé a mi padre y bajamos los dos. Ese sujeto estaba llenándose los bolsillos con todo lo que había sacado de los cajones y la vitrina...

Dick señaló a Lemmer.

—¿Seguro que era él?

—Seguro, segurísimo, señor. Y en cuanto me vio me atacó con la palanqueta, figúrese, para partirme el cráneo... Pude agarrarle del brazo y los dos rodamos por tierra. Luchamos un momento. No conseguí pegarme en la cabeza, que era lo que buscaba, y enseguida intervino mi padre.

Dick sonreía.

—Perfectamente. —Hizo un signo al pistolero que había forzado las puertas—. El chico dice que estaba llenándose los bolsillos.

El hombre asintió, se agachó, reunió un puñado de relojes y envoltorios de papel de seda, y se los metió en los bolsillos de la chaqueta a Lemmer. Éste no protestó, pero Jan pudo ver que enrojecía y que sus ojos se volvían más y más duros.

—Por haber peleado con tanto coraje —dijo burlonamente Dick a Gerard Thulden— has salido muy bien librado.

El muchacho, sumiso, se despeinó echándose el cabello hacia los ojos, y se desabrochó un par de botones del pijama.

—¿Ahora?

Dick hizo un nuevo signo al pistolero.

—No basta. Adecéntale.

E] hombre se aproximó a Gerard, que le esperaba sin saber lo que iba a ocurrir. Su recio puño se alzó con impulso demoledor y alcanzó al muchacho en un ojo. Gerard lanzó un grito ahogado y cayó de espaldas. Sollozando, enfurecido, trató inmediatamente de levantarse.

—Date prisa —dijo Dick.

El pistolero asió al muchacho por el cuello del pijama y le arrastró de un extremo a otro del local. Cuando le puso en pie, Gerard estaba lleno de polvo, con el pijama desgarrado y la piel arañada por el roce con el pavimento. Otro tremendo puñetazo, ahora en la nariz, volvió a derribarle. Se quedó tumbado, llorando y sangrando a chorros.

Dick avanzó para verle mejor.

—Conforme, ahora si ha peleado con alguien. —Señaló a Lemmer—. Falta todavía el otro.

El confidente respiraba agitadamente mientras el pistolero le desabrochaba la chaqueta, arrancaba los botones de su camisa y le tiraba de la corbata.

—De rodillas. Ponte de rodillas.

Lemmer, tenso, receloso, no se movió. Sólo un nuevo y violento castigo de su guardián, en el mismo lugar que ya antes le había magullado, venció su resistencia a obedecer.

—Más, más, ¡más! —ordenó el pistolero, impaciente—. ¡Apoya la frente en el suelo!

Jan contrajo los labios viéndole prepararse para largar un puntapié. Burdo. Sin clase.

El golpe cayó sobre la cabeza de Lemmer, se la aplastó contra el suelo y le hizo convulsionarse y quedar tumbado, inerte, flojo, con la cara vuelta hacia arriba, despellejada y llena de sangre.

—Eso es todo —dijo Dick.

Pero la hazaña había enardecido al otro pistolero.

—Oye, déjame que le zumbe yo también un poco —rogó—. Es un traidor, un soplón asqueroso. No todos los días puede uno...

—¡He dicho que eso es todo!

El hombre refunfuñó.

—Dick —intervino entonces el viejo Thulden, con voz sorda.

—¿Qué pasa?

Thulden había presenciado lo ocurrido con la boca entreabierta, palideciendo por momentos, restregándose las manos sobre el estómago.

—Dick, no debiste hacer eso con mi chico. Ha sido una salvajada.

Dick rió desdeñosamente.

—Pregúntale a Gerard su opinión. Pregúntasela cuando haya cobrado su dinero.

—¿Dinero? —preguntó desde el suelo el muchacho.

Dick sacó del bolsillo un puñado de billetes y se los arrojó como quien echa confeti. Sólo que para Gerard no eran confeti. Se apoderó de ellos ávidamente y enseguida cesó de sollozar.

—Ahí tienes, ya es feliz —dijo Dick, volviéndose al padre—. Veamos ahora lo tuyo. ¿Qué ha pasado?

Thulden lanzó una última mirada a la cara ensangrentada de su hijo y se encogió de hombros.

—Ha pasado, ya sabes, lo que dice Gerard. Entré aquí detrás de él y le encontré luchando con ese hombre. El pobre quería impedir que el otro le partiera el cráneo con la palanqueta. Yo que sí, pues intervine.

—¿De qué modo?

—Tengo una cachiporra ahí, detrás del mostrador, para casos de apuro. Le di al hombre con ella.

—Veámosla. Veamos cómo la usas.

Thulden pasó tras el mostrador, se agachó y volvió a enderezarse con una recia porra de caucho en la mano.

Lemmer estaba entonces sentado a medias en el suelo, sacudiendo la cabeza. No se podía ver cuál era la expresión de su rostro, porque fa sangre la ocultaba, pero Jan notó lo tenso de su actitud, la rigidez de sus miembros, y adivinó que algo iba a producirse. Sonrió sin decir palabra. A espaldas del confidente, uno de los pistoleros vigilaba. El otro había quedado un poco aparte, atento a lo que estaba haciendo Thulden.

Éste avanzó empuñando la cachiporra.

El relojero se hallaba a dos pasos de Lemmer cuando el confidente entró en acción. Nadie, pensó Jan, había dado la importancia debida al hecho de que Lemmer estuviera desesperado, pero desde el momento en que dobló las rodillas para saltar hacia atrás y revolveirse furiosamente contra el pistolero que le vigilaba, las cosas empezaron a tomar un cariz difícil.

Lemmer era vigoroso y sin duda había luchado por su vida otras veces. Saltó. Sus zapatos golpearon al pistolero en la boca del estómago, sus brazos le agarraron por las piernas y le derribaron. El pistolero cayó aparatosamente, braceando, soltando incluso, en su afán por mantener el equilibrio, el arma que empuñaba. No pudo, pese a ello, amortiguar la violencia del testarazo que dio contra el mostrador.

Como una fiera precipitóse Lemmer sobre la pistola, la asió y se levantó. En sus ojos ardía un destello homicida mientras movía el arma de un lado a otro, cubriendo a todos los presentes.

—¡Arriba las manos, vosotros! —jadeó—. Soy yo quien se ríe ahora.

Jan fue el primero en obedecer. Los demás le imitaron, excepto Dick, quien se limitó a quitarse tranquilamente el cigarrillo de la boca.

—No sea loco —dijo—. La situación no mejorará para usted por mucho que la complique. Nos cabe el recurso de contar a la policía que pasábamos casualmente por aquí, que oímos pedir socorro, que entramos y que le encontramos con esa pistola. Somos ciudadanos respetables, y usted es un delincuente bien conocido.

El alegato carecía de fuerza convincente, y Lemmer, como era de suponer, hizo de él caso omiso. Se desplazó hacia el pistolero que continuaba en pie y le apuntó al estómago.

—Vuélvete de espaldas. Tú serás el primero.

El pistolero obedeció. Con gesto rápido, Lemmer le quitó la pistola del bolsillo trasero de los pantalones y quedó con un arma en cada mano. Luego le aplicó un terrorífico culatazo a la nuca. El hombre se dobló. Lemmer le abrumó a sañudos puntapiés, hasta que estuvo en tierra, inmóvil, flácido.

Respirando agitadamente, el confidente dedicó una mirada al otro pistolero, tendido aún donde él le había derribado. Entonces vio un aparato telefónico al extremo del mostrador. Hizo una mueca. Anduvo con resolución hacia allí, dejó sobre el mostrador una de las pistolas y levantó el auricular.

—Lemmer, usted no va a telefonear —dijo secamente Dick—. Es inútil. No saldrá del aprieto, todos seremos testigos contra usted. Siga la corriente y déjese de tonterías.

Adelantó un paso mientras hablaba.

—¡Atrás! —rugió el confidente.

—¡Oh, no! Un hombre acabado no puede asustarme. —Dick, lenta y deliberadamente, con las manos bajas, adelantó un paso más—. Acabemos de una vez, ¿quiere?

Jan le observaba con apasionado interés. Había algo extraordinario en la voz de Dick Groot, algo hipnótico, fluido, magnético. Autoritario e imparable, se había plantado ante Lemmer y le miraba a los ojos. Jan sintió asombro y admiración. En tres años, ¡qué cambio se había operado en aquel hombre! ¡Qué gallardía le infundían la costumbre del triunfo y la conciencia de su poder!

—¡Levante esas manos, condenado! —gritó Lemmer, perdiendo

la serenidad—. ¡Levántelas o le abraso antes de cinco segundos!

—Usted no me abrasa a mí ni a nadie. Es demasiado cobarde para eso.

Dick dio otro paso.

Y a continuación se encogió un poco, pestañeando, mirando a la derecha de Lemmer y trasladando su mirada de derecha a izquierda y de abajo a arriba, como si siguiera el movimiento de una persona. Era un ardid antediluviano, pero ejecutado con extremada limpieza y en el momento preciso. Lemmer no veía desde donde se hallaba al primer pistolero que había derribado, y era lógico que imaginara que se había levantado e iba a atacarle. Volvió la cara. Fue un respiro de una fracción de segundo, ni siquiera una distracción, pero con ello tuvo Dick suficiente para lanzarse sobre la pistola que el confidente dejara antes en el mostrador.

Su velocidad rebasó el tiempo de reacción de Lemmer. Ambos hombres cayeron enzarzados en una frenética lucha por la vida. Hubo un torbellino de brazos y piernas. Sonó una maldición. Luego un tiro.

Dick Groot se levantó sacudiéndose el polvo. Lemmer agonizaba entre convulsiones, la cara destrozada por un balazo.

Jan sonreía.

—Como demostración de tus métodos no ha sido muy convincente —dijo con sarcástica calma—. Lemmer ha muerto, y era eso, ¿no?, lo que querías evitar. Es posible, en efecto, que me necesites a tu lado.

Dick no contestó.

CAPÍTULO V

Charlie Borken tenía boca de glotón.

Por la mañana, temprano, Dick Groot había recibido aviso de que el jefe de policía deseaba hablarle. Acudió a la cita llevando a Jan consigo. Fue en una antigua cervecería próxima a los muelles del Canal del Norte, un local de apariencia solemne y aburrida. Una puerta con deslucidas cortinas de terciopelo comunicaba la sala principal con el pasillo flanqueado de saloncitos reservados donde los comerciantes de fin de siglo se corrieron antaño sus juergas. En el pasillo montaba guardia un hombre alto, de ojos porcinos y rostro abotargado. La mayoría de los reservados servía ahora para almacenar cajones, botellas vacías y sillas viejas. En uno de los que no servían para esto aguardaba Charlie Borken.

Jan tenía ganas de volver a verle. Le pareció mucho más grueso, próspero y lustroso, pero su cara expresaba una sorda angustia que no existía por la época en que Borken era un oficial del servicio especial de fronteras que se ganaba un sustancioso sobresueldo haciendo la vista gorda a los manejos de Waalwik.

Tan pronto como la puerta del reservado se hubo cerrado, Dick rompió a reír. Su risa no semejó agradar al policía.

—Sentaos —dijo éste—. Tú eres Van Oss, el resucitado. Por cierto, convendría que nos hicieras en cualquier momento una visita para poner en regla tus papeles. Hoy no se vive, y sobre todo no se come sin papeles.

—Sí —dijo Jan.

Dick se arrellanó perezosamente en un feo sillón de peluche junto a la mesa de mármol blanco. Encima de la mesa había un par de botellas y unos cuantos vasos, entre los cuales, con gesto ostentoso, Borken colocó un estuche de cigarrillos. Dick no prestó a

todo ello fa menor atención. Seguía riendo silenciosamente.

—¿Qué es eso tan divertido? —preguntó al fin el jefe de policía, nervioso—. A mí también me gustaría reír un rato, ¿sabes?

Dick le señaló con el dedo.

—Lo divertido eres tú. Tú en este romántico escenario. Tú pidiéndome socorro como si yo fuera por el mundo cargado de salvavidas. Porque me has llamado para pedirme socorro, ¿verdad?

—Groot, tú sabes..., tú puedes comprender...

—¡Oh, seguro, claro que sí! Lo comprendo. Lo haces todo como es debido, teniendo en cuenta tu posición. Pero me divierte, no puedo remediarlo. A veces me pregunto qué ocurriría si yo me desentendiera de ti, Borken; si se me antojara que les estás cobrando excesiva simpatía a los alemanes, por ejemplo.

Dick pronunció aquellas palabras a modo de comentario casual, pero el jefe de policía se estremeció. Bajó los ojos. Tendió hacia las botellas una mano insegura.

—¿Ginebra?

—Por mí, muy bien.

—¿Y tú, Van Oss?

Jan asintió en silencio.

—Groot —dijo Borken cuando hubo llenado los vasos—, estoy en un apuro.

—Todos, hijo. Holanda entera está en un apuro.

—Éste es serio. Pieter Lemmer ha sido asesinado.

Dick permaneció unos segundos en actitud soñadora. Luego sus rasgos se endurecieron. Se inclinó hacia Borken. En un instante se había desvanecido su aire ligero y sonriente.

—¿Un confidente de la Gestapo asesinado?

—Así es, Groot. Una bala en la cabeza.

Dick se puso en pie, fruncido el entrecejo. Tomó un cigarrillo del estuche colocado encima de la mesa.

—Realmente, Borken, te has metido en un buen lío.

—Para eso quería verte.

—¡Eh, alto ahí! —exclamó Dick, apuntando al policía con el cigarrillo—. A mí no me mezcles en semejante porquería; Nada puedo hacer. Tú te lo has guisado y tú te lo comes.

Borken tragó saliva.

—Pero si sólo pretendo...

—¡Al cuerno con lo que pretendas si de algún modo se relaciona conmigo! El asesinato de un tipo como Lemmer significa mil complicaciones. Procura asegurarte de que haces las cosas bien, no sea que un patinazo te lleve ante el pelotón de ejecución.

—Por favor, Groot, deja que...

Dick se hizo el sordo. Echó a andar de un lado a otro, con el cigarrillo sin encender, hablando mientras caminaba.

—Te habíamos encontrado el mejor empleo que has tenido en tu vida, Borken, un cargo que te rodea de prestigio y en el cual te ganas la amistad de los alemanes y el afecto de los holandeses, ¡y ahora nos sales con esa indecencia! ¡Un agente de la Gestapo asesinado! ¡Bonita ganga! ¿Has pensado, lo que vas a hacer? ¿O quieres que decida yo por ti? ¡No me digas que necesitas niñera!

—¡Entiéndelo, entiéndelo! —suplicó Borken, exasperado—. Lemmer era una pieza clave en el sistema alemán, un elemento al que ellos daban gran valor; no afirmo que lo tuviera, pero se lo daban. ¡Ayúdame, Groot!

Dick se detuvo y volvió a él una cara de expresión tormentosa.

—¿Saben los alemanes que ha muerto?

—Oficialmente, no. Sin embargo, hoy mismo tengo una entrevista con el coronel Schultz, y para entonces debo haber tomado una decisión.

—¿No pudiste vigilar mejor a ese canalla? ¿No pudiste, por lo menos, poner en guardia a Schultz sobre lo que fatalmente ocurriría? Lemmer estaba metiéndose en camisa de once varas, era un indeseable, y si andaba removiendo el fango había de ensuciarse un día u otro. Hablamos ya de esto en otra ocasión. Ahora es demasiado tarde para que cargue yo con las consecuencias.

El jefe de policía se había puesto pálido.

—Groot, necesito preguntarte una cosa. Escúchame.

Dick le interrumpió una vez más:

—Lo que debes hacer, tu último recurso, tu única esperanza, y quizá la nuestra, es encontrar al tipo que ha matado a Lemmer. Registra la ciudad, vuélvela del revés, pero encuéntrale. Y hazlo tú, ¡tú!, antes de que la Gestapo intervenga. ¿Has comprendido?

—¡Necesito que contestes a mi pregunta! —insistió Borken—. ¡Es imprescindible! ¿Has sido... has sido tú quien le ha despachado?

Dick le miró estupefacto de asombro.

—¡Yo! ¿Yo matar a un soplón de la Gestapo? ¿Has perdido el juicio?

Charlie Borken gimió. La sugestión había indignado de tal modo a Dick que semejaba efectivamente una idea absurda.

—Sólo pensé... Ha de ser cosa de los resistentes, y tú...

—Matar a Lemmer era suicidarse. Y yo, ¿lo has olvidado?, soy un inofensivo hombre de negocios que traía de llevarse con los alemanes lo mejor posible.

—Sé todo eso —asintió el jefe de policía. Estaba armándose de valor para sostener su punto de vista—. No te acuso, Groot, y a fin de cuentas tanto me importa que hayas matado a Lemmer como que no. Únicamente procuro fijar mi posición, averiguar si puedo investigar a fondo este asunto, pase lo que pase y caiga quien caiga. Hablemos claro. Lemmer estaba dándote disgustos.

—También te los daba a ti. Puedo con el mismo derecho preguntarte si eres tú quien le ha despachado.

—¿Qué beneficio me habría producido su muerte?

—¿Y a mí? ¡Desatar sobre Amsterdam las iras de la Gestapo! Pero, atiende. —Dick regresó al sillón, se sentó y miró a Borken como si se le hubiera ocurrido una idea—. Dime lo que habéis hecho del cadáver.

—Está en el depósito. Fue encontrado a cinco kilómetros de la ciudad, en la —carretera de Haarlem, poco después de amanecer.

—Muy bien. Escamotéalo y cierra el pico. Los que estás en el ajo callarán si se lo exiges como deber patriótico.

Borken sacudió la cabeza negativamente.

—He pensado en ello, pero es imposible. En primer lugar, porque no puedo arriesgarme, como jefe de policía, a asumir una responsabilidad así: el deber patriótico quizá no cierre todas las bocas. En segundo lugar, porque la desaparición de Lemmer atraerá a la Gestapo de todos modos.

Jan, que presenciaba impávido y mudo la escena, vio un destello de cólera en los ojos de Dick.

—Pues entonces no hay remedio —dijo éste—. Lo siento por ti.

—¡Groot, por Dios! ¡Tú puedes averiguar mucho más fácilmente que yo quién ha cometido el asesinato!

—¿No te equivocas con respecto a mí? —preguntó Dick con amenazadora frialdad—. ¿No me tomas por lo que no soy?

—¡Groot!

—¿Qué demonio quieres que te diga? Ve con tu historia a Hans Memling y a sus piquetes de sabotaje.

—Memling huyó de la ciudad hace dos meses. Sus piquetes han sido disueltos; según mis informes, por cierto, en beneficio tuyo.

—Ve a los grupos comunistas. O a la propia Gestapo. Quién sabe si la muerte de Lemmer no ha sido un pretexto deliberado para organizar represalias en gran escala.

—Sí, Groot, lo que tú quieras —dijo Borken amargamente.

Dick se levantó, arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó de un pisotón. Su copa de ginebra estaba intacta todavía.

—Bien, no veo de qué ha servido que rae llamas. Juega tu partida, Borken, juégala a fondo, y por el bien de todos, procura ganarla.

Era una despedida.

Jan siguió a su amigo hacia la puerta.

—Groot —llamó el jefe de policía.

—¿Qué?

—Al asesinato de Lemmer no se le puede echar tierra encima. Todo saldrá a luz. El único camino que me permitirá seguir en mi puesto y cubriros a vosotros será doblegarme a las exigencias de la Gestapo. Jugaré mi partida: no esperaré a que los alemanes se interesen por el caso, sino que les informaré hoy mismo invitándoles a tomarlo en sus manos, y no escatimaré esfuerzos hasta que el asesino sea descubierto. Si ello es en bien de la libertad de Holanda, perfectamente; si no, tanto peor. Me veo obligado a actuar a ciegas.

Jan observaba a Dick de reojo. El rostro de éste se había petrificado; y no obstante, encogióse displicente de hombros y sonrió.

—Pues buena suerte, Borken. Buena suerte.

CAPÍTULO VI

Dick estaba en la sala, tratando de sintonizar en la radio el noticiario de la

B. B. C.

a despecho de las interferencias con que los alemanes obstaculizaban la escucha.

—Me marchó —dijo Jan detrás de él.

—¿Que te marchas?

—Sí. A dar una vuelta por la ciudad y a cenar en cualquier sitio.

Dick volvió la cabeza.

—¿Solo?

—Sí.

Su mirada estudió las toscas ropas de Jan, sus viejos zapatos, su camisa caqui; las mismas ropas con que había llegado a Amsterdam.

—Chico, tendrás que perdonar que con ese asunto de Lemmer no me haya ocupado más de ti. ¿Cómo andas de dinero?

—Me llega.

—Di lo que necesitas, que aquí sobra, y tú eres como el amo. Te basta dar una orden. Es una vergüenza verte todavía vestido de ese modo.

—Tela resistente —dijo Jan, sin expresión—. Durará.

Dick frunció el entrecejo.

—Oye, no pretenderás que te tomen por un mendigo.

—¿Qué importa?

—¡Oh, sí, sí, como gustes! —asintió Dick con una sonrisa forzada—. Ve a cenar solo, si te parece que así te has de divertir. Yo había pensado proporcionarte los primeros contactos y darte a conocer en la organización, pero quizá sea mejor no moverse demasiado, no sea caso de que los alemanes estén alerta. Déjate

caer a última hora por el «Sterne». ¿Te acuerdas del «Sterne»?

—Sí —dijo Jan. Era un *cabaret* elegante, en el bulevar Van Ruysdael—. Me acuerdo.

—Ahora tengo intereses allí. Suelo ir todas las noches. —La sonrisa de Dick se acentuó—. Hablando como personas sensatas, ¿qué opinarías si destacara cerca de ti a uno de los muchachos? No necesitarías preocuparte por él en absoluto.

Jan le miró fijamente.

—No quiero escolta.

—¡Por Dios, no lo tomes a mal! ¿Andarás por la dudad completamente solo? ¿Tú, Jan Van Oss?

—¿Qué puede ocurrirme?

—¡Cualquiera sabe! Y además, es por prestigio. La gente...

—Al diablo el prestigio, Dick. He dicho que no quiero escolta. Y si vas a inmiscuirte en lo que hago e dejo de hacer, al diablo todo.

—No he dicho nada —suspiró Dick—. Olvídale. ¿Nos veremos en el «Sterne»?

—Quizá.

Durante gran parte de la tarde vagó Jan por las calles a su antojo, sin rumbo fijo. Amsterdam había sufrido un cambio penoso, que hasta aquel momento no pudo apreciar con exactitud. Apenas circulaban automóviles, y en cambio se habían multiplicado las bicicletas. La gente deambulaba por las aceras con aire distraído. Los cines proyectaban exclusivamente films alemanes. Infinidad de comercios se hallaban cerrados. El agua de los canales se hubiera dicho más sucia que de costumbre. Los rótulos publicitarios aparecían descuidados y polvorientos. Todo estaba difuminado, todo era incoloro y desvaído, todo semejaba impregnado de una inmensa tristeza. Acá y allá surgía como un insulto la bandera roja con la svástica. De vez en cuando pasaba una camioneta descubierta con soldados alemanes sentados, mirando al frente.

Jan recorrió detenidamente el centro de la ciudad, prestando especial atención a los lugares que antaño le fueron familiares. Bebió una copa aquí, otra allá, otra más lejos. Antes de la hora de cierre de los comercios se encontró ante la imprenta donde Bibó Hertog editaba propaganda hitleriana subvencionada por los alemanes.

Entró.

Carteles. Calendarios. El Nuevo Orden, la Fortaleza Europea,

Adolfo Hitler prediciendo la victoria. Folletos, libros.

Una mampara con vidrios translúcidos. Al fondo se oía el ruido de las máquinas. El aire olía a tinta y a papel.

—¿Desea algo?

Un hombre ataviado con un sucio guardapolvo había abierto una puerta en la mampara.

—Me gustaría hablar con Bibó.

—¿Se refiere al señor Hertog?

—Sí. Dígale que está aquí Jan Van Oss.

—Van Oss —repitió el hombre, indiferente. Y de pronto entornó los párpados—. ¿Ha dicho usted Jan Van Oss?

—¿No le gusta mi nombre?

—Por supuesto, señor. Un nombre que es agradable volver a oír. Claro, usted no recuerda... Perdóne que no le haya reconocido. Avisaré enseguida al señor Hertog.

Jan escrutaba aquel rostro de facciones huesudas.

—Aguarde. ¿Nos hemos visto antes?

—Centenares de veces. Usted vivía en la casa donde yo tenía mi establecimiento. Entraba a comprar alguna que otra revista. Libros no, los libros no le atraían. —El hombre sonrió—. ¿Lo recuerda ahora?

Jan sintió revivir con una chispa de emoción los viejos tiempos. Alguna que otra revista, ciertamente; ilustradas, con mujeres bonitas ligeras de ropa, con reportajes sensacionales, con historias de crímenes. Libros no.

El hombre había tenido una librería en los bajos de su casa.

—Usted es Adriaen Ostade.

—El mismo, señor Van Oss. Y no tiene idea de cuánto me alegra volver a verle. El señor Hertog está en su despacho. En seguida...

—Espere. —Jan avanzó y tendió al hombre la mano—. ¿Qué ocurrió?

—¿Cómo?

—¿Es usted uno de los propietarios de esto?

—No, señor. Un empleado, el jefe de almacén.

—Pero la librería era suya. Un negocio importante, bien situado. Ostade hizo una mueca.

—¿Qué quiere? Me fueron mal las cosas. —Miró hacia atrás—. Si tiene la amabilidad...

—¿Qué fue de Tony Brauwer? —preguntó Jan abruptamente.

El hombre dio un respingo.

—¿Tony?

—Usted no me recuerda únicamente porque fuéramos vecinos antes de la guerra. Vamos, Ostade, mi memoria no es tan mala como todo eso. Tony Brauwer, uno de los amigos y colaboradores de Wilhelm Smuts, tenía una hermana casada con el hijo de usted. Usted y su hijo habían ayudado a Tony algunas veces. Fue Tony quien me indicó que había un apartamento libre en aquella casa; lo había visto visitándole a usted, y a él se debió que yo me trasladara a vivir allí.

Ostade adelantó un paso y cerró la puerta a su espalda.

—No hable tan alto... Tony murió.

—¿En el frente?

—No, no precisamente en el frente. Ha habido grandes cambios durante su ausencia, señor Van Oss.

Jan asió al hombre del brazo.

—No tengo el menor interés en hablar con Bibó. Usted me dirá lo que quiero saber, y más aún. Salgamos a la calle, ¿le parece?

Ostade se dejó conducir sin resistencia, cabizbajo. Por su rostro se había extendido una sombra.

—¿Y bien? —inquirió Jan.

—La guerra, señor Van Oss —dijo el hombre amargamente, caminando junto a Jan por la acera—. La llegada de los alemanes hizo que muchos cambiaran de actitud. Will Smuts no estuvo a la altura de las circunstancias, no supo comprender que en aquellos momentos Holanda era ante todo. Creyó poder aprovecharse eliminando a Waalwijk, pero pensaba en el negocio nada más... Cayó. Tony era su amigo.

—¿A Tony le mataron?

—Sí.

—¿Dónde está Smuts?

—Desapareció de Amsterdam. Puede que haya muerto, o que le cazaran los alemanes, o que escapara a algún país libre, quizá a América... No sé, nadie lo sabe.

—¿Y su hijo?

—Mi hijo murió aquí, en la ciudad, luchando en la calle contra los alemanes el día que llegaron. —Ostade alzó los hombros—. Ya

ve. La guerra, señor Van Oss. Ahora tengo a mi cargo a mi nuera y mis dos nietas. Hay que trabajar.

Jan miraba fijamente ante sí.

—¿Qué sucedió con su librería?

—Poco importa.

—A mí me importa.

—Es muy fácil aplastar a quien no tiene nadie que le pare los golpes —suspiró el hombre—. Mi librería estaba en un sitio demasiado bueno y a Dick Groot le interesaba para instalar uno de los centros de su organización. Yo estorbaba allí; era nada menos que el suegro de Tony, alguien en quien no se podía confiar. Así que Groot no paró hasta conseguir que abandonara el negocio, y entonces me tendió una mano y me empleó con Bibó Hertog para que no me muriera de hambre. Son sus métodos: compromisos, supuestas compensaciones, vaselina, guante blanco... Holanda ante todo. Es posible que tenga razón.

—Dick Groot se vanagloria de ser flexible.

—Bueno...

—¿No lo es?

Ostade dijo lo que era Groot, y Jan sonrió.

—Pues la gente parece contenta con él. Ha sistematizado la resistencia, ha montado un buen servicio de información, ha centralizado las acciones contra los alemanes, ha colocado a los hombres más convenientes en los puestos clave de la administración civil... Todo esto no podría hacerlo sin el apoyo y la simpatía de los demás.

—O sin dinero ni amenazas.

—He observado —dijo Jan con aire distraído— que de los antiguos quedan muy pocos.

—Ninguno que valga la pena. Es decir, ahora está usted. He tenido verdadera alegría al oírle decir a Bibó que usted había regresado.

—¿Por qué?

—Porque alguien debería influir sobre Groot... ¡Oh, ya sé, ya sé! Las circunstancias son excepcionales y exigen medidas especiales. Para combatir a los alemanes desde dentro hay que ser lo que Groot llama flexible. —Ostade se interrumpió bruscamente, y en otro tono preguntó—: ¿Para qué quería usted ver a Bibó Hertog?

—Para averiguar lo que piensa de la organización de Groot.

El hombre frunció el entrecejo y posó en Jan una mirada recelosa.

—¿Qué cree que pensará? Son sus vacas gordas. Como las de muchos.

—Holanda ante todo.

—Quizá. Pero ello no impide que sean sus vacas gordas. Señor Van Oss, yo no sabría explicarle...

—A usted no le gustan los procedimientos de Groot.

Ostade, preocupado, se restregó la nariz.

—No. Ahora bien, no veo que puedan utilizarse otros, ni tampoco que otro hombre pueda ocupar su lugar. —Continuaba mirando a Jan con recelo—. Señor Van Oss, el regreso de usted me da mucho que pensar. Sin embargo, debo decirle honestamente que si anda buscando darle otra vez la vuelta a la tortilla pierde su tiempo. Dick Groot ha hecho por Holanda grandes cosas y hoy está en la cumbre. Derribarle no conducirá a nada: él es un mal menor, una calamidad indispensable para evitar calamidades mayores. Conste que le digo esto aunque vaya contra mis propios intereses y mis sentimientos y deseos más profundos, pero es la verdad. Si su idea es desbancar a Groot, renuncie a ella. Le hablo claro, señor Van Oss. En estos momentos, nadie como Dick Groot puede combatir a los alemanes, que es lo único que importa. Las cuestiones personales, incluso las mías, quedan al margen.

—Es usted admirable. Ostade.

—Trato de ser un buen holandés.

Jan sacudió la cabeza.

—No he venido a enfrentarme a Groot, si es eso lo que teme. Él y yo somos amigos; vivo en su casa y trabajamos juntos. Sólo que me interesa. Se ha convertido en otro hombre, se ha hecho rico y es el amo de Amsterdam. Me gusta lo que la gente piensa de él, si es o no popular...

—Es popular entre quienes no le conocen más que a través de su fama.

—¿No entre quienes le conocen personalmente?

—No. Dick Groot es resbaladizo, es traidor como una culebra, es... lo que él llama flexible. Y no lo ha sido solamente con los alemanes. —Ostade levantó el borde de la manga de su guardapolvo

para mirar la hora en su reloj de pulsera—. Tengo que volver a la imprenta, señor Van Oss.

Ambos hombres dieron media vuelta y anduvieron en silencio unos pasos. Luego dijo Jan:

—Sea sincero, Ostade. Entre Dick Groot y yo, ¿quién cree usted que vale más?

—No quisiera...

—Dígallo. Groot, ¿no es así? El es más listo.

—No sé si es más listo —titubeó Ostade—. Ha llegado más lejos.

—¿Yo no soy resbaladizo, traidor ni flexible?

—¡Señor Van Oss! Todos saben que es usted la lealtad personificada, que siempre va directo a lo suyo, sin falsas sonrisas, sin trampa, sin esconder la mano cuando ha arrojado la piedra. Por ser así se marchó a la guerra...

—Y perdí aquí mi gran ocasión.

—O salvó la vida. Cualquiera sabe.

—¿La gente me tiene en buen concepto?

—Pues claro. Aunque... la gente olvida.

Jan suspiró.

—Gracias, Ostade. Eso es todo lo que deseaba saber. Volveré cualquier otro día.

—¿No quiere hablar con Bibbo Hertog?

—No es necesario.

Un vehículo militar tripulado por una patrulla alemana avanzaba lentamente por la calle. Jan lo contempló con aire soñador. Estaba contemplándola aún, absorto, cuando Adriaen Ostade se despidió de él para regresar a la imprenta.

* * *

La muchacha se desprendió suavemente de sus brazos. Le miró con lágrimas en los ojos.

—Jan, eso que te propones es imposible. Es una locura.

El hombre sonrió para tranquilizarla, pero pensando que quien en realidad necesitaba tranquilizarse era él mismo.

—Es difícil, no imposible. Sólo difícil.

—Debí comprender desde el primer momento...

—No, Heidi.

—¡Pero ahora estás aquí! —exclamó ella ansiosamente—. Estás aquí, conmigo, has vuelto, vives. ¿Qué importa lo demás?

El sol se ponía sobre la llanura, sobre los descuidados campos de tulipanes, sobre el monótono paisaje de praderas, canales y diques. Sus rayos acariciaron la pared occidental de la granja antes de apagarse en el horizonte.

Jan apoyó ambas manos en el alféizar de la ventana y miró afuera.

—Lo demás somos nosotros mismos, Heidi —dijo con firmeza—. Sin lo demás, mi regreso, el hecho de que estemos jímios, nuestras vidas, nada tiene sentido. Tú lo sabes. La felicidad no se consigue hundiendo la cabeza en la arena, como hace el avestruz. Hay que luchar, y ahora más que nunca.

—Pero...

—¡No, Heidi! Lucharé. Y cuento contigo. Cuando el momento llegue voy a necesitarte. Quiero que te convenzas de que por la dicha y la tranquilidad es preciso pagar un precio, o ni una ni otra tienen luego valor. Vamos, cálmate.

La muchacha tomó una de las manos del hombre entre las suyas y la oprimió contra su mejilla. Rozó el velludo rostro con los labios.

—Lo que tú digas, Jan —asintió sumisamente—. Lo que tú digas.

CAPÍTULO VII

El «Sterne» seguía siendo un local elegante, pero ahora era sólo lo que los nazis y sus amigos entendían por elegante. Jan entró y preguntó por Dick Groot. No estaba.

—Está la nena —le dijo un camarero—, pero el no.

—¿Qué nena?

—La rubiales.

Ada, mejilla contra mejilla, bailaba con un desconocido alto, apuesto, elegantemente vestido.

—¿Quién es el muñeco? ¿Algún alemán?

—Creo que no le disgustaría ser alemán. Un funcionario de La Haya.

—¿Ha pasado algo?

—¿Qué quiere usted que pase? Ella lleva un buen tablón, como tantas veces.

Jan se instaló en el bar y esperó. Transcurrieron casi quince minutos antes de que Ada abandonase la pista agarrada del brazo de su pareja. Jan, entonces, cruzó la sala en dirección a ambos.

Ada hizo un burlón ademán de saludo al verle.

—¡El adorable Jan Van Oss! ¡Qué grata sorpresa!

Las únicas señales de que había bebido con exceso eran el ligero desorden de su peinado y el brillo maligno de sus ojos.

—Hola —dijo Jan con desdén—. Despídete. Te acompañaré a casa.

—¿Quién es? —preguntó el desconocido.

Jan le miró. Retenía a Ada por la cintura. Se veía una mancha de rojo en la comisura de sus labios. Parecía muy satisfecho de sí mismo.

—Un impertinente —dijo ella.

El hombre sacudió la mano. Bromista.

—Pues márchese, amigo. Ada y yo, ¿comprende?, celebramos una fiestecita estrictamente privada.

—Despídele —insistió Jan, impasible.

El rostro del hombre se arrugó en una mueca. Soltó a la mujer y adelantó un paso en actitud agresiva. Su aire de broma se había esfumado.

—Oiga, no sé si me ha entendido. No sé...

Jan no le dejó concluir. Sus huesudos puños se movieron velozmente. El izquierdo se incrustó en el estómago del hombre, el derecho ascendió hacia su mentón. El hombre retrocedió tambaleándose y chocó contra la mesa que tenía detrás. Se volcaron unas copas. Sonaron algunos chillidos femeninos. Se armó en torno un ligero revuelo. Se movieron algunos uniformes alemanes. Los camareros empezaron a acudir.

El hombre, enfurecido, quiso lanzarse al ataque. Pero el impulso del puño de Jan se sumó esta vez al que él mismo había adquirido y le arrojó de bruces al suelo arrastrando una silla y derribando una de las lamparillas que había sobre las mesas. Los músicos de la orquesta se pusieron a tocar más fuerte para ahogar el estrépito de la caída.

A Jan le rodearon los camareros recomendándole tranquilidad.

—Por favor..., los alemanes..., la patrulla... Pronto, pronto, márchese...

Sin decir nada él asió de la muñeca a Ada y echó a andar hacia la puerta. Todas las miradas estaban fijas en ambos. Ada se dejaba conducir sin protestar.

Cuando hubieron salido a la calle, ella dijo:

—¡Ah, qué delicia! No me había dado cuenta de hasta qué punto necesitaba un tónico así.

Jan la guiaba en silencio hacia la travesía más próxima. No quería transitar de noche y sin los papeles suficientemente en regla por una vía como el bulevar *Van Ruysdael*.

—Pero me gustaría saber por qué te has dado el gusto de zurrarle a Theo Gossaert —añadió Ada—. Por lealtad, supongo. Porque siempre has sido estúpidamente recto y estúpidamente noble. Por devolverle a Dick de algún modo la limosna de haberte recogido.

Jan anduvo todavía un rato en silencio.

—Abre los ojos, paloma —dijo al fin.

—¿Sí? Los tengo tan abiertos que me duelen.

—Lo que he hecho lo he hecho por mí. Me importa un cuerno que se la pegues a Dick con el primer pelele que te sale al paso. Es por mí, Ada.

—Oh, había olvidado que te he vuelto loco de amor. —Ada rió burlonamente—. Puro folletín, Jan. Eres fantástico, eres como un personaje de otra época.

Se aproximó a él para asirse a su brazo con ambas manos. Jan notó el contacto de su cuerpo, sintió su calor, aspiró su perfume. No la miró. Tenía las mandíbulas apretadas.

—Las personas felices no se emborrachan —dijo.

—¿De veras?

—¿Qué te falta, Ada?

—¿Faltarme, querido? ¡Me sobra todo!

—¿Es verdad que no le pides a la vida más que la basura que te da?

—¿A qué llamas basura? Mira, en primer lugar...

—Basura.

—Está bien.

Ninguno de los dos habló durante unos minutos.

Luego, inesperadamente, cuando bordeaban el Canal Coypel, Ada se detuvo, ocultó el rostro entre las manos y estalló en sollozos.

Jan se detuvo también, a unos pasos de ella.

—El hecho de que seas todavía capaz de llorar, Ada, dice mucho en tu favor, pero éste no es el momento más oportuno. Echarás a perder tu maquillaje. Pondrás mala cara cuando te vea Dick.

—¡Cállate, maldito seas!

Jan sacó del bolsillo un rústico pañuelo.

—Toma.

Ada no lo cogió. Avanzó hacia él y apoyó las manos en su pecho.

—Jan, Jan, ¿por qué has vuelto a Amsterdam? —murmuró en tono quejumbroso—. ¿No comprendes que me envenenas el aire?

—¿Qué pasa? ¿No suelta Dick los billetes como es debido desde que yo estoy aquí?

—¡Deja aparte a Dick! Él es maravilloso: joven, guapo, fuerte, valiente, elegante, poderoso, rico; me trata como a una reina, me

lleva a todas partes...

—Pero tú te emborrachas con el primer lechuguino que te sonríe.

—No puedo remediarlo, ¡no puedo! Llevo el mal metido muy adentro, Jan, horriblemente adentro... ¡Oh, Dios! No debería corresponderle así a Dick, pero lo hago, lo hago, ¡lo hago! Instintivamente. No sé por qué, nunca lo he sabido. De pronto se me sube la vida a la cabeza, y ya está. Pienso en Dick, no creas, pienso todo el tiempo en él, y cuanto más pienso más bebo y más enloquezco. Resulta divertido, aunque te parezca lo contrario...

—Odias a Dick.

—¡No!

—Entonces te odias a ti misma.

Ada no contestó.

—¿Y bien?

—Jan.

—¿Qué?

—Jan, puedes besarme. —La voz de la mujer traicionaba un temblor apasionado—. Te lo mereces. Nadie lo había merecido nunca tanto.

El se echó a reír. La asió del brazo, la apartó de sí y reanudó la marcha llevándola asida, hincando en su carne sus dedos de hierro.

—Te besaré cuando yo quiera, muñeca. Ahora a casa.

—¡Cerdo! —jadeó Ada debatiéndose furiosamente—. ¡Maldito cerdo vanidoso!

Se revolvió como una gata, le echó las manos al rostro y le arañó la mejilla con sus largas y rojas uñas. Jan le dio un bofetón que resonó como un trallazo.

—¡Quieta!

La mujer se soltó. Un llanto histérico la sacudía. Se llevó los puños a la boca. Por último dio media vuelta y huyó a todo correr.

Jan no intentó detenerla. La siguió a paso vivo el tiempo suficiente para asegurarse de que tomaba la avenida de la Industria en su último tramo y se dirigía a Spandoorn. Entonces moderó la marcha.

Los arañazos de la mejilla le sangraban aún cuando entró en casa de Dick. Se aplicaba a ellos el pañuelo.

Encontró a Dick Groot en la sala de estar, con los dos hombres,

que la noche anterior intervinieron en el episodio de la relojería, más un tercero a quien no conocía. En los dos pistoleros era todavía visible la dureza del trato que habían recibido de Pieter Lemmer.

—¿Qué demonio ocurre? —preguntó Dick.

La expresión de su rostro era grave, e igualmente la de los rostros de sus compañeros. Jan adivinó que algo importante les preocupaba.

—¿Qué ocurre dónde?

—Con Ada. Ha entrado hace poco hecha una furia.

Jan se dejó caer en un sillón mirándole fija e inexpresivamente.

—He ido a «Sterne» tal como tú me habías indicado. Según los camareros, ha ocurrido tan sólo lo de tantas veces: unas copas de más, un forastero apolíneo... Tú sabrás qué es lo que sigue, Dick. Hoy ha terminado todo pronto. He traído a Ada... por la fuerza. Me ha parecido, quizá no, que te hacía un favor.

Groot pronunció un juramento. Luego se aproximó a Jan, le dio unas amistosas palmaditas en la cabeza y trató de sonreír.

—Gracias, chico, ha sido digno de ti y lo tendré en cuenta. —Suspiró—. Pero no te compliques demasiado la vida por esa perra, Jan: cualquier día le daré la patada. Mucha estampa y nada más. Una esponja para la ginebra y el dinero. No me conviene. ¡Oh!, y araña como un gato, al parecer.

—Si.

—Tú nunca hiciste el tonto con las mujeres, chico. Es una lección que procuro no olvidar.

—Nunca —dijo Jan—, salvo una vez.

Pero Dick ya no le escuchaba. Se había vuelto a los tres hombres y con imperioso ademán impedía que uno de ellos se sirviese una copa de la botella que había sobre la mesa.

—¡Basta de alcohol! Esta noche quiero nervios firmes.

—¿Qué se prepara? —inquirió Jan.

—Los agentes de la Segunda División han intervenido en lo de Lemmer, la Gestapo está al acecho y hay que tomar precauciones extraordinarias.

—¿Quiénes son los de la Segunda División?

—Tú no estás enterado, por supuesto. La Segunda División ha sido creada en La Haya para reprimir el espionaje, los sabotajes y el terrorismo. Obra alemana: un equipo de esclavos que les lamen los

pies. Su jefe es Van Heem. ¿Te acuerdas de Van Heem? Pronunciaba discursos antes de la guerra.

—Un puerco aprendiz de nazi —asintió Jan—. Por su gusto iríamos todos los holandeses con camisa de uniforme, saludando a lo Hitler y marcando el paso de la oca.

—Pues ya puedes imaginar en qué consiste su trabajo.

—¿Y qué?

—Nada. Hemos decidido que los Thulden, padre e hijo, no son imprescindibles ni insustituibles. Saben más de la cuenta, conocen las mallas de nuestra red demasiado bien. ¡Oh, infierno! El padre empieza a darle a la lengua en cuanto se asusta, el hijo en cuanto ve unos billetes. Y sin el condenado Borken que Ies respalde...

—¿Pasaporte? —preguntó fríamente Jan.

Dick apretó los puños.

—De urgencia. ¿Qué hora es, Slingelandt?

El tercer hombre consultó su reloj.

—Nos esperan dentro de media hora.

—Pues en marcha. ¿Tú vienes, Jan?

Jan abandonó el sillón.

—Claro que sí.

Los dos hombres restantes se quedaron. Slingelandt, Jan y Dick salieron a la calle.

—Hace frío —dijo el primero.

Jan le miró con sorpresa. Hacía una noche cálida y húmeda como un baño turco.

—¡No empieces con eso! —exclamó ásperamente Dick—. Si estás nervioso es mejor que lo haga otro por ti.

Slingelandt se estremeció. Tenía los ojos muy claros, de pupilas bailoteantes, la boca blanca y débil, el mentón huido y la frente velluda y abultada. Jan, observándole, sintió asco.

—No estoy nervioso. Pero hoy me ha escrito mi padre desde Doerborgh. Necesita reparar la bomba del pozo y se ha quedado sin blanca. Las vacas, pobre viejo, se le mueren de sed.

Hubo un silencio.

—La última vez era tu madre quien quería reparar esa bomba —respondió Dick, indiferente—. Procura inventar un pretexto nuevo, Slinge.

—¿Era mi madre?

—Sí.

—Yo no tengo madre. —Slingelandt miró pensativo calle abajo —. Ni padre tampoco. Murió, afortunadamente para él.

Encogiéndose de hombros, Dick sacó del bolsillo un fajo de billetes. Contó diez y los tendió al hombre.

—La mitad ahora y la mitad después. Pero sólo si eres rápido y limpio.

Slingelandt emitió una risa susurrante.

—Lo seré.

—Ve tú por tu lado, nosotros iremos por el nuestro. Nos reuniremos en la esquina de la relojería. ¿Sabes lo que pasará si la ronda alemana te detiene y te encuentra un arma?

—No tengo tanta fantasía como para imaginar eso. Hasta la vista.

El hombre se alejó.

—Nosotros por aquí —indicó Dick tocando a Jan en el brazo.

Media hora más tarde volvían a reunirse los tres ante la relojería. Slingelandt, que no dijo nada, parecía triste.

Dick llamó con los nudillos a la cortina metálica. La cabeza calva de Thulden asomó enseguida por la puerta de escape.

—Hola, Pasad.

El establecimiento se hallaba vacío. Los desperfectos de la víspera no habían sido reparados más que a medias.

—¿Y el chico?

—Arriba.

—Que baje. Esto le interesa.

El relojero titubeó.

—Pero...

—He dicho que baje.

Cuando Thulden regresó en compañía del muchacho, Dick, Jan y Slingelandt estaban alineados con las manos en los bolsillos frente al mostrador.

Gerard se restregaba los ojos, soñoliento, pero iba completamente vestido. Tenía la cara tumefacta por los golpes que recibiera la noche anterior.

—Bueno, Dick —rezongó el calvo.

—Seremos breves, no te preocupes. —Dick sonrió suntuosamente—. Esta tarde me han dado un recado tuyo. Parece

que, habiendo pasado anoche lo que pasó, no consideras suficiente el precio que en principio convinimos. Perfectamente, Thulden. He venido a pagarte lo que tú creas justo. Pero antes me gustaría saber una cosa: ¿qué fue exactamente lo que pasó?

El relojero pestañeó, nervioso.

—¿Lo que pasó? Pues lo de Lemmer. Lo que yo vi.

—¿Nos cargamos a Lemmer?

El rostro de Thulden adquirió una expresión recelosa. Gerard bostezaba.

—Dick, ¿cuál es tu juego? Ya me entiendes. No sé si Lemmer moriría, pero cuando le sacasteis de aquí... En fin, esta noche han dicho por radio...

—¿Han hablado de él?

—¿No lo has oído?

Dick lanzó un suspiro de cansancio.

—Conforme, Thulden, dejémoslo. Es razonable que tengas lo que pides. Son veinticinco mil, ¿no?

—Cincuenta.

—Me habían dicho veinticinco. Eso es lo que he traído.

—Cincuenta mil, Dick. No pido mucho. Mira cómo ha quedado mi tienda.

—No, si no es mucho. —La sonrisa de Dick estaba congelándose—. De acuerdo, vente a casa y te pagaré el resto. Quiero liquidar el asunto esta misma noche.

Echó a andar con aire indiferente hacia la puerta.

—Gerard, hijo —dijo Thulden volviéndose al muchacho—, tú espera y...

—El chico viene también.

El relojero tuvo un primer atisbo de que las cosas no eran lo que parecían. Retrocedió un paso, aterrorizado.

—No, por favor, Dick. Gerard se queda, no fuera caso que...

—¿Tienes miedo?

Thulden tragó saliva.

—Sí.

—Pues aguántate. ¿Venís por las buenas? ¿O hay que echarle teatro a la cuestión?

El calvo, sin responder, miró en torno como una rata acorralada.

—Slinge —articuló Dick.

Slingelandt, melancólico, sacó una automática provista de silenciador y se desplazó hasta situarse a espaldas de los dos Thulden.

—En marcha.

Padre e hijo estaban demasiado asustados incluso para moverse. Permanecieron clavados en el lugar, rígidos como estatuas.

Slingelandt miró a Dick como pidiendo órdenes. Antes de que éste se las diera, el relojero consiguió balbucir:

—¿Qué... qué vais... a hacernos?

Dick dejó oír una risa ahogada.

—Nosotros no matamos a Lemmer, querido. En tu tienda no pasó nada. Tú ni siquiera nos conoces. Te has equivocado, ¿comprendes? Y la suerte de miles de patriotas holandeses puede depender de una equivocación.

—¡No, por Dios! —gimió Thulden—. ¡No, por tu madre!

—Slinge —dijo de nuevo Dick.

Todo fue rápido, limpio y muy fácil, como él deseaba. El padre supo morir: recibió dos balas en la cabeza sin rechistar. Gerard chilló como un conejo. Quizá por ello permitió Slingelandt que se desangrara junto al mostrador, con un balazo en el vientre, antes de rematarle de un tiro entre los ojos.

Jan sentía náuseas cuando salieron a la calle. Dick canturreaba a media voz.

—Mi paga —dijo Slingelandt.

Dick le dio el resto de los billetes.

—Toma y vete al cuerno.

El hombre se alejó en la obscuridad.

La ciudad estaba tranquila. Por encima de las agudas aristas de los tejados asomaba una luna en cuarto creciente rodeada de un halo de humedad, blanca, fea y desnuda. Jan pensó en la cara que ponía Gerard Thulden al morir, y se estremeció.

Luego, él y Dick, uno junto a otro, sin prisa, regresaron paseando a Spandoorn.

CAPÍTULO VIII

Antes de las ocho de la mañana despachó Dick el camión para que transportara los cadáveres de los Thulden a algún punto alejado de la ciudad. Maas y Van Ryn, los dos pistoleros que habían intervenido en lo de Lemmer, cuidaron del trabajo.

Regresaron poco después de las diez.

—Listo —anunció Maas—. Están en un huerto de lechugas. ¿Hay que volver a salir para la colecta?

Dick, envuelto en un batín de seda, tomaba una taza de té y fumaba un cigarrillo.

—Sí —dijo. Se volvió a Jan—. Tú irás con ellos, si no tienes otros planes. Te será útil.

—¿Qué colecta?

—Hijo, sin dinero no se puede vivir, pero menos todavía se puede luchar. El dinero es la base de mi organización. Tengo una cadena de agentes colectores y líquido con ellos una vez por semana. Hoy es el día. Ve. Aprenderás cómo ruedan las cosas entre nosotros, al tiempo que los muchachos se acostumbran a respetarte. Voy yo en persona por regla general, y si te delego a ti comprenderán inmediatamente lo que significa.

Jan fue.

Maas y Van Ryn metieron en el camión unas carteras y unas sacas, y se dirigieron en primer lugar a una factoría de leche en polvo situada en el polder de Medemland. Regentaba la factoría un hombre llamado Dieboldt a quien Jan había conocido en la cena de bienvenida en

«Tiellen's».

Dieboldt era corpulento, carirrojo, rubio, y solía sostener entre los dientes la larga boquilla de una pipa holandesa de estilo antiguo.

Salvo la pipa, empero, nacía antiguo había en él.

Jan observó enseguida que Dieboldt estaba, por algún motivo, de pésimo humor. Bajo su ceñuda mirada, en su despacho de la fábrica, Van Ryn y Maas extendieron sobre una mesa los billetes que contenía una caja metálica. El silencio del hombre parecía demasiado tenso y falto de naturalidad.

A continuación, mientras los dos pistoleros contaban y apilaban los billetes, Dieboldt entregó las hojas de liquidación semanal. Jan repasó las cifras y aguardó pacientemente a que Maas y Van Ryn hubieran terminado su labor. Luego fueron comparadas las sumas. Todo estaba en orden. Dieboldt firmó un recibo y los pistoleros le entregaron la comisión correspondiente.

El dinero fue guardado en una de las sacas.

—Bien, ¿qué pasa, Dieboldt? —preguntó Jan entonces—. Parece como si algo se te hubiera indigestado.

Dieboldt le lanzó una mirada hostil.

—Es posible.

La tensión que reinó hasta aquel momento había afectado también a Van Ryn y Maas. Ambos, una vez cerrada la saca, se volvieron a Dieboldt en actitud inquisitiva.

—¿De qué se trata? —dijo Van Ryn—. Somos compañeros en esto, no lo olvides. Es malo, malísimo que haya secretos entre nosotros.

Una sonrisa desagradable vagaba por sus labios. Jan la vio, y lo mismo Dieboldt.

—Conforme —dijo éste, resoplando como si hubiera abierto una válvula para dar salida al vapor que llevaba dentro—. No tengo por qué ocultar lo que pienso. Es exactamente lo que piensan todos. Los hombres de la Segunda División están husmeando, y la Gestapo vendrá detrás, y unos y otros se nos van a sentar encima. Se han terminado las operaciones, por no decir los negocios, y la culpa la tienen algunos que no se conforman con lo que han conseguido y que no saben hasta dónde pueden y hasta dónde no pueden llegar...

—¿Quiénes son éstos? —le interrumpió fríamente Jan.

—¡Van Oss, yo no vivo en las nubes! ¿Te figuras que no sé que fue Dick Groot quien se cargó a Pieter Lemmer?

Hubo un silencio pesado.

Ahora que ya había pronunciado las palabras, Dieboldt se dio

cuenta de que había ido demasiado lejos. Entornó los párpados.

—Me habéis preguntado lo que pensaba —añadió en tono defensivo. Movi6 enérgicamente la mano con que sostenía la pipa—. ¿No queríais saberlo? ¡Pues ahí está! ¡Podéis contárselo a Groot, no me importa!

—Es curioso —replicó con calma Jan— el modo como Dick adivina ciertas cosas. Le he oído decir que únicamente los imbéciles pensarían que él está detrás del asesinato de Lemmer.

—Sí, eso ha dicho —corroboró rápidamente Maas—. Cualquiera comprendería que lo último que hará Dick es eliminar a un confidente de la Gestapo y poner en peligro a todos los resistentes. Dick no es capaz de derribar de un solo golpe lo que ha levantado con tanto esfuerzo. Pero, claro, siempre hay bobos que se equivocan y meten la pata.

Dieboldt, turbado, manoseó su pipa.

—¡Los hechos cantan, Maas! ¿A qué demonio de equivocación te refieres?

Maas y Van Ryn miraron significativamente a Jan.

—Quienes combaten por la libertad de Holanda —dijo éste— tienen la obligación de pensar con la cabeza, no con los pies. En la resistencia no hay lugar para los estúpidos.

—Mira, Van Oss —empezó Dieboldt.

—Y los estúpidos —prosiguió imperturbable Jan— necesitan que se les aclare el cerebro a tortas. A nuestra causa no le hace ningún bien que la gente piense del revés y, encima, hable demasiado.

Dieboldt leyó en sus duros ojos lo que iba a ocurrir. Se enderezó con una sacudida nerviosa, retrocedió y se apoyó de espaldas contra la pared, agitando la pipa ante su cara.

—Eh, esperad un momento —articuló—. No me habéis entendido. Lo que quise decir era...

Jan, mirando en torno, vio un aparato de radio en una repisa detrás de la mesa. Se adelantó y lo conectó. No hizo el menor caso de las explicaciones que atropelladamente daba Dieboldt. Buscó una estación que emitiera música, y sonrió burlonamente al captar unas notas del «Deutschland über alles». Dejó la aguja del dial allí. Elevó el volumen hasta que el himno, en una estruendosa cascada de sonido, ahogó el parloteo desesperado del hombre. Entonces se volvió a él y le pegó en la cara.

No fue un golpe fuerte, pero Dieboldt estaba tan asustado que se dobló frenéticamente hacia adelante, chillando, ocultando el rostro entre los brazos y tratando de protegerse el vientre con los codos. Jan le enderezó de un rodillazo. Le cerró el paso cuando intentaba escapar y le derribó descargándole un hachazo con el canto de la mano en el cuello.

Dieboldt se quedó a gatas.

—Hala, vosotros —dijo Jan a Maas y Van Ryn.

Los dos pistoleros no se hicieron repetir la indicación. No perdieron tiempo en algo que para ellos era simple rutina. Usaron los puños y los pies, dosificando el castigo para que Dieboldt no perdiera el sentido demasiado pronto. Trabajaron enardecidos por el estrépito de la música que ahogaba como un colchón lo mismo súplicas y lamentos que maldiciones. Cuando terminaron, Dieboldt estaba muy quieto, boca arriba, con los brazos en cruz, inerte como un muñeco, la cara llena de sangre y los ojos cerrados. Solemnes, majestuosas, las últimas notas del himno alemán se expandían por el despacho.

Jan desconectó la radio. El contraste del silencio fue casi doloroso.

—Vámonos. Queda todavía mucho que hacer.

Una mujer estaba barriendo el pasillo. La mañana era radiante, llena de sol, y todo el panorama, lo mismo en dirección al Zuiderzee que en dirección a la ciudad, estaba envuelto en una calina luminosa.

Jan respiró profundamente mientras se acomodaba entre Maas y Van Ryn en el asiento del camión.

—Supongo —dijo— que correrá la noticia de que Dieboldt ha tenido un tropiezo. Conviene que sea así, que la gente lo sepa, que se aplaquen los ánimos. No os deis prisa. Antes de hacer la próxima visita os invito a una copa.

—Eso está bien —gruñó Maas, poniendo el vehículo en marcha—. Dick va a tener un alegrón cuando se entere de lo que ha pasado. Ni él en persona hubiera demostrado tanta flexibilidad.

—Flexibilidad —repitió Jan, pensativo.

Recordó cómo se retorció Dieboldt bajo los golpes y rompió a reír.

La noticia había llegado a oídos de Groot cuando regresaron a

Spandoorn a mediodía. Ponía muy buena cara. Estaba jugando a los dados sobre la mesa del salón, con Ada sentada muy cerca de él.

—Me han contado que le has dado a Dieboldt una lección de modales —dijo, a modo de saludo—. Algo serio, Jan. No sabes cuánto me gusta que hayas entrado tan de corazón en nuestra empresa. Ya son dos —añadió, señalando a Ada con la cabeza— los favores que te debo.

Van Ryn y Maas volcaban sobre el diván el contenido de las sacas y carteras.

Jan se encogió de hombros.

—No me debes nada. Le he tomado cariño a tu organización, como si fuera mía.

—Mi mano derecha. —Dick sonrió, afectuosamente—. ¡Y qué mano! Dura, firme, noble, limpia y tendida siempre a los amigos. Eso eres tú. Menuda suerte he tenido con que volvieras.

Jan dejó las hojas de liquidación sobre la mesa.

—Quizá los dos la hemos tenido.

Dick repasó las hojas, se levantó y palpó las sacas.

—Vosotros —dijo a los pistoleros—, ayudadme a llevar esto arriba.

Entre los tres cargaron con el dinero y desaparecieron en dirección al vestíbulo.

Jan y Ada quedaron solos.

—¿Cuál es tu juego? —preguntó ella, a media voz—. Si no fuera porque te conozco, creería que le estás preparando a Dick una buena trastada. ¿Por qué has dicho que le has tomado cariño a la organización como si fuera tuya?

—Lealtad —respondió Jan, indiferente.

Ada le miró con curiosidad.

—¿De veras? Déjame que te diga que yo veo algo raro en ti. Me gustaría saber hasta qué punto has cambiado. Sospecho que todos te estamos tratando como al antiguo Jan Van Oss, recto, duro y franco, y eres otro hombre muy distinto. Tres años de guerra no han pasado en balde.

—Lealtad —repitió Jan, impasible—. Puede que tú no lo comprendas, pero lo único que me propongo es levantar la obra de Dick en favor de Holanda tan arriba como quiere levantarla él. Esta es la mejor ocasión que se me ha presentado en la vida. Ya te lo

dije: si Dick se empeña en situarme bien, ¿quién va a impedírselo? Y algún día, cuando yo esté situado, la guerra acabará...

Ada seguía mirándole.

—Claro que lo comprendo, Jan. Lo que no comprendo es, todo eso, en beneficio de quién redundará. ¿En el de Dick? ¿En el tuyo?

—¿Por qué no en el de Holanda?

—¿Por qué, desde que has regresado, apartas los ojos cuando te miran? —preguntó Ada a su vez, incisivamente—. ¿Por qué tu sonrisa no es la de antes?

Jan se humedeció los labios con la lengua.

—Acaso porque he envejecido.

Dick Groot reaparecía ya, desenvuelto, airoso, contando un fajo de billetes.

—Aquí tienes. Jan. Tú parte.

Jan titubeó con el dinero en la mano y al fin se lo guardó en el bolsillo.

—El precio de la lealtad —dijo Ada, con sarcasmo.

Groot se volvió hacia ella.

—Muñeca, la lealtad de un hombre como Jan no tiene precio. El dinero es por el trabajo de hoy: un pellizco sin importancia para que lo gaste en sus vicios. Jan sabe que aquí tiene cuenta abierta.

—Gracias —murmuró Jan—. Pero yo creía que la colecta era para subvencionar la resistencia Dick sonrió secamente.

—La resistencia somos nosotros, chico Ada se había levantado y apoyaba las manos en sus hombros. Maquinalmente, él la ciñó con un abrazo por la espalda. Volvió un poco la cabeza y la besó. Ada se dejó besar, abandonándose. Tenía los ojos, brillantes y burlones, fijos en Jan por un costado del cuello de Groot.

Jan no movió ni un músculo.

CAPÍTULO IX

Estaba prevenido. Sólo le sorprendió que no hubiera ocurrido antes.

Fue al atardecer, mientras leía un periódico acodado en un bar del centro, bebiendo ginebra barata.

Alguien le tocó en un hombro y, al volverse, se encontró ante ellos. Eran tres. Ejemplares característicos: trajes de corte germánico, feas corbatas, rostros inexpresivos, ojos azules, modales de Nuevo Orden, músculos bien entrenados y el bulto de la pistola debajo de la chaqueta. Pero no alemanes, sino holandeses.

—Empezaba a preocuparme —suspiró Jan— que la Segunda División me dejara tanto tiempo en paz.

—¿Sabes quiénes somos? —preguntó uno.

—Su aire de superioridad aria no admite dudas.

—Si no le dejamos en paz es porque usted se lo busca —declaró otro—. Haga el favor de acompañarnos, Van Oss.

—¿Detenido?

—Una charla amistosa. ¿Le parece que hay motivo para detenerle?

—El placer de volverme a encerrar entre alambradas, por ejemplo.

Tenían un «Opel» con camuflaje de guerra estacionado en la calle. Jan se instaló entre dos de ellos en el asiento posterior, en tanto que el tercero tomaba el volante. De los que se sentaban con él, uno debía de ser el jefe: cuarenta y cinco años, fornido, bien rasurado, con hebras grises en las sienes. El otro aparentaba su misma edad, pero era más flaco, de boca sensitiva y uñas muy pulidas. Jan les estudió mientras duró el trayecto, ensimismado, pensando en que iba a enfrentarse con gente que conocía su oficio y de la que podía esperar lo peor.

El «Opel» se detuvo frente a la Jefatura de Policía. Jan fue invitado a apearse. Dentro del edificio, moviéndose como en su propia casa, los agentes le condujeron a lo largo de un pasillo y por un tramo de escaleras que descendía, al sótano. Le hicieron pasar finalmente a un despacho desocupado, al fondo del cual una puerta comunicaba con una pequeña habitación donde había un rueda de sillas, un sillón con abrazaderas para muñecas y una lámpara de pie. Las paredes, el suelo y el techo de cemento desnudo daban al recinto un aspecto repulsivo y triste. No había ventanas. El aire, caliente y espeso, olía mal.

—Siéntese —dijo el jefe, señalando el sillón.

Jan obedeció. Miró en torno e hizo una mueca.

—De modo que una charla amistosa, ¿eh? A estilo nazi, sin duda.

Los tres hombres tomaron sendas sillas, cerraron la puerta que comunicaba con el despacho, encendieron la lámpara a baja potencia y se sentaron con Jan en el círculo de luz.

—La idea es que sea amistosa —declaró el jefe—. Usted no es tonto, Van Oss. Ha pasado mucho tiempo ausente y sabe lo mal que se está lejos de Amsterdam. Dudo que sacrifique la libertad que acaba de recobrar.

—Yo también lo dudo —asintió Jan.

—Perfectamente. Conocemos su historial de anteguerra. Hay en él muchas cosas turbias, pero no actividades políticas. Sería un placer hablarle con el corazón en la mano, de hombre a hombre.

—¿Sobre qué asunto?

El agente se restregó pensativo el mentón.

—Usted era antes de la guerra un personaje importante en su ambiente. Ha dejado buen recuerdo. No voy a discriminar si su trabajo era honrado o no, porque esto no hace al caso; pero quiero advertirle que de la Amsterdam de entonces a la de hoy media un abismo y usted no está ahora en condiciones de salvarlo. Un paso en falso puede precipitarle al fondo. Fíjese en lo que le digo, Van Oss: un paso en falso y caerá para no levantarse más.

—Tengo ojos para ver lo que me rodea —replicó Jan.

—Exacto. Puede que los tenga para ver todo lo que le rodea. Todo, incluso lo que se mueve debajo de la superficie de las cosas. ¿Nos entendemos?

—No.

—Es una lástima. Debería usted darse cuenta de que el tiempo no ha pasado en vano. La vieja Holanda decadente, corrompida y vendida al oro inglés ha muerto. Una Holanda joven encuadrada en la nueva Europa camina hoy hacia sus gloriosos destinos y los hombres como usted, capaces de renunciar a una brillante posición civil para marchar a combatir por la patria, deben prestarle su apoyo...

Los labios de Jan se distendieron en una amarga sonrisa.

—¿Realmente piensa usted así?

El agente se encogió de hombros.

—Usted vive con Dick Groot, al parecer, en calidad de protegido suyo, ¿no es cierto?

—Más o menos.

—¿Por qué lo hace?

—Porque la mano de Groot fue la única que se me tendió a mi regreso.

—Quizá fue la primera, pero usted no puede saber si iba o no a ser la única.

—¿Qué les importa a ustedes eso?

—Sabemos en qué barco navega Dick Groot —dijo el agente, dando énfasis a cada palabra—, y es un barco que está a punto de irse a pique. Mire, Van Oss, a mí me desagrade tanto como pueda desagradarle a usted que los alemanes intervengan en nuestros asuntos. Le soy franco. A Groot ya le llega el agua al cuello. Lleva demasiada carga. Ha matado a un hombre llamado Pieter Lemmer y esto puede ocasionar su perdición. Mi deseo sería que resolviéramos la cuestión entre nosotros, sin que la Gestapo meta las narices; creo que evitaríamos a nuestros compatriotas muchos sinsabores. Y en lo que se refiere a usted, sepa que le he traído aquí para invitarle a abandonar el barco de Groot antes de que sea demasiado tarde.

Jan reflexionaba. Las palabras del agente, ¿eran un tiro al azar? ¿Tan seguros estaban en la Segunda División de que Dick Groot manejaba los hilos de la resistencia antialemana? ¿Tan pronto le habían relacionado con la muerte de Lemmer? No, no podían estar seguros, o de lo contrario la organización de Dick se habría hundido ya. Operaban sobre vagas sospechas, dando palos de ciego en aquella dirección como sin duda los darían en otro centenar de

direcciones.

—Para abandonar un barco que se va a pique hay que saber nadar, y yo no sé —dijo Jan, burlonamente.

—Nosotros le enseñaremos.

—Pero es que tampoco veo la necesidad. No entiendo mucho de negocios, lo confieso; sin embargo, me ha parecido que la concesión del transporte de harinas, como las demás cosas a que Groot se dedica, marchan bastante bien. Naturalmente, si mi amistad le perjudica procuraré apartarme de su lado. Esperaba, como le he dicho, que ustedes se metieran conmigo tarde o temprano, pero no imaginaba que ello hubiera de relacionarse de algún modo con Dick...

El agente le miró con la boca abierta.

—¿De qué está usted hablando?

—Eso de que Dick Groot ha matado a un hombre llamado no sé cómo es uno de los trucos que suelen emplearse en los interrogatorios, ¿verdad? Confiéselo.

—¡Infierno! ¿Me toma usted por imbécil?

Jan sonreía.

—Bien, estoy desconcertado. Vuelvo a preguntarle sobre qué asunto desea charlar. Amistosamente, según afirma. ¿Es o no sobre la falta que he cometido no presentándome a la Policía y no legalizando mis papeles?

El agente se puso bruscamente en pie.

—¿Pretende hacerme creer que piensa que le hemos traído aquí por eso?

—¿No? Tenía entendido que la Segunda División se ocupa de esas minucias en favor de los alemanes... Recuerdo de antes de la guerra a Van Heem, su jefe. Si no ha cambiado, su mayor ilusión sería acostarse en el barro para servir de alfombra a los nazis y que éstos no se ensuciaran las botas al pasar.

La mirada del agente centelleaba de ira. Estuvo contemplando a Jan casi un minuto, en silencio, tratando de dominarse. Sus dos compañeros se agitaban en la silla con impaciencia.

—Van Oss, es usted un insensato. Si quiere que le regale los oídos, se lo diré: su amigo Dick Groot es un traidor al Nuevo Orden, responsable de actos de espionaje y sabotaje y de toda clase de crímenes contra nuestro aliado el Reich alemán. Entre estos

crímenes figura el asesinato de un investigador llamado Pieter Lemmer. Sabe usted todo eso tan bien como yo. Se lo menciono únicamente para que comprenda que estamos enterados y que, por tanto, su farsa es inútil.

—No le creo.

—¿Dice que no me cree!...

—Es posible que alguno de los muchos enemigos que tiene un hombre como Dick Groot les haya endosado esa fábula con ánimo de beneficiarse de la calumnia, pero no admito que una persona de mediano nivel mental pueda aceptarla como cosa auténtica. Si tienen ustedes algo contra mí, si he descuidado alguna formalidad burocrática a mi regreso de Klauen, expónganlo, por favor; en caso contrario, más vale que terminemos de una vez.

—¿Terminar? —replicó el agente, en tono agresivo—. ¡Oh, no! Lo que haremos será prolongar esto mucho más de lo que yo hubiera deseado.

—No sabe cuánto lo lamento.

—¡Y lo lamentará! ¿Qué hora es, Livens?

—Las siete y diez —respondió el más joven de los hombres.

—Encarga que nos traigan café y algo de comer a las ocho; vamos al asunto. Le advierto —el agente se volvió de nuevo a Jan— que soy especialista en testarudos y que nada me repugna, ni siquiera la sangre.

—No sabe cuánto lo lamento —repitió Jan a media voz.

El llamado Livens, salió.

Los dos hombres restantes apartaron las sillas del círculo luminoso, enfocaron la lámpara hacia el sillón y le dieron una potencia cegadora. La lámpara, además de luz, empezó inmediatamente a despedir calor. Los agentes se despojaron de sus chaquetas.

Cuando Livens regresó de cumplir su encargo, el jefe preguntó:

—¿Dónde estaba usted la noche que mataron a Lemmer?

—¿Qué noche fue? —replicó Jan.

—La del martes.

—Durmiendo.

—No es verdad. Cenó en

Tiellen's

, salió de allí con Groot hacia las tres de la madrugada y no llegaron

a su casa hasta después de las cinco.

—Durmiendo —insistió Jan.

—¿Qué puesto tiene usted en la organización de Groot?

—¿Qué organización?

—¿Cuándo vio a Pieter Lemmer por última vez?

—Nunca le vi.

—Después de su ausencia de la ciudad, ¿cómo le saludó Thulden?

—No sé quién es.

—¿Cómo se llama el hijo de Thulden?

—No sé quién es.

—¿Dónde están ahora los dos?

—No les conozco.

A las ocho, cuando recibieron el café, pan, queso, embutidos y manzanas, los hombres de la Segunda División no habían obtenido de Jan una sola palabra útil. Jan chorreaba sudor, pero estaba todavía en la plenitud de sus fuerzas y sus ojos no habían perdido un ápice de dureza. Pidió de beber y los agentes hicieron oídos sordos.

Comieron sucesivamente: primero el jefe, luego Livens y después el otro, turnándose en el interrogatorio, sin descansar. A continuación reemprendieron la tarea con renovada energía.

A eso de las diez y media se presentó inopinadamente Charlie Borken, el jefe de Policía. Jan no le vio, porque no podía ver a nadie situado fuera de la deslumbrante zona de luz, pero le oyó preguntar:

—¿Qué tal?

—Regular.

—¿Ha hablado?

—No.

El sonido de su voz indicaba que el agente trataba a Borken con desdeñosa frialdad.

—¿Hay esperanzas?

—Por supuesto. Todos terminan hablando.

Borken había, sin duda, recibido una protesta de Dick Groot y estaba allí para tantear el terreno.

—¿Puedo servirle en algo, Horch? ¿Necesita ayuda? ¿Quiere descansar un rato?

—Lo único que necesito es paciencia.

El jefe de Policía titubeó.

—En fin, buena suerte —dijo.

Se fue.

—Livens, sal ahí e impide que nos interrumpan —ordenó secamente Horch, en cuanto Borken se hubo retirado—. Mucho ojo y no sueltes la pistola.

Jan apretó los dientes. Horch, jefe de los agentes, sabía lo que tenía entre manos. Un golpe de audacia de los resistentes, con objeto de rescatarle antes de que el interrogatorio sacase cuestiones peligrosas a relucir, era perfectamente posible incluso en los sótanos de la Jefatura de Policía. Horch, y no debían faltarle motivos, no confiaba en Borken y en sus fuerzas.

Las preguntas, acto seguido, volvieron a caer como una granizada, agudas, lacerantes, una tras otra, ora encadenadas, ora desligadas. Más luz, menos luz; más calor, menos calor. Preguntas, preguntas, preguntas.

Después de la medianoche, Jan, muerto de sed, traspasado de dolor de cabeza, ciego y exhausto, se durmió.

Horch le despertó a bofetones y le aproximó la lámpara a los ojos. Siguió preguntando, arrojándole el humo de su cigarrillo a la cara. Cada vez que la cabeza de Jan caía... él volvía a levantársela por el mentón. Si se dormía de nuevo, un par de bofetones. Pero Jan estaba ya semiinconsciente y no contestaba más que con vagos murmullos.

Al fin, el agente se dio por vencido:

—Traedle, ¡canastos!, una taza de café y cualquier cosa para que coma. —Se dejó caer en una silla, jadeando, secándose con un pañuelo empapado el sudor que le corría por el rostro—. No podemos seguir así.

Permitió que Jan durmiera un rato en su sillón, con la luz amortiguada, y luego hizo que le dieran de comer y beber y le refrescaran con una esponja húmeda. Jan bebió ávidamente, pero rechazó la comida. Cuando le vio otra vez despejado y alerta, lo que no ocurrió hasta después de media hora, Horch le ofreció un cigarrillo, que rechazó también.

—Me gusta tratar con hombres, no con peleles —dijo el agente—. El café le devolverá la sensibilidad. Le necesito a usted muy

sensible, Van Oss.

Jan no tenía el menor empeño en recuperar energías. Por un momento había creído que la tortura estaba terminada, pero pronto salió de su error. Sólo estaba terminada la primera parte.

—¿Y bien? —añadió Horch.

—Continúe. Esto no durará toda la vida.

El agente hizo una seña a su compañero.

—Trae la porra.

Jan no opuso resistencia mientras le ceñían las abrazaderas, apresándole muñecas y tobillos contra el sillón. ¿Para qué oponerla?

—Cierra la puerta. A veces les da por gritar.

La puerta que comunicaba la habitación con el despacho y la de éste con el pasillo fueron cerradas. La luz aumentó de nuevo su intensidad. Horch entró en el círculo balanceando una larga cachiporra.

—Su última oportunidad, Van Oss.

Jan le miró a los ojos.

—No sabe cuánto lo siento.

El segundo agente le asió por los cabellos para tirar de su cabeza hacia atrás y Horch le golpeó en la garganta. Jan resistió, pero aquello era sólo el principio. Hubo mucho más. Horch trabajó sin apasionarse, frío, calculador, exacto, siguiendo fielmente un método aprendido en las mejores escuelas nazis. Ningún golpe cayó donde no debía caer, ninguno fue más fuerte o más débil que lo preciso.

Al amanecer perdió Jan el conocimiento y ya no hubo manera de hacérselo recobrar.

—Otro día probaremos con distintos sistemas —gruñó Horch, arrojando la cachiporra a un rincón—. Basta por hoy, hijos. Avisad a Borken de que puede hacer lo que quiera con él.

CAPÍTULO X

Más de dos días tardó Jan en reponerse. Los pasó en cama. Durante aquel tiempo le abrumó Dick Groot a solicitudes, se desvivió por atenderle, le procuró la mejor asistencia médica y se ocupó personalmente de satisfacer sus menores deseos.

—Cuando vi cómo te habían dejado —dijo—, creí de verdad que no lo contarías. Chico, estabas deshecho. Yo no lo hubiera resistido; ni yo ni nadie, Jan, palabra. Pero lo más grande es que lo has hecho por nosotros, por los resistentes, por Holanda, por mí; por Dick Groot, un hombre del que en tres años no habías tenido noticias... Nunca podremos agradecértelo. Un gesto tuyo y nos hubiéramos hundido y tú hubieras seguido a flote y encima te hubieras ganado la amistad y el apoyo de los colaboracionistas. Pídeme lo que quieras, que cuanto tengo es tuyo porque sigo teniéndolo gracias a ti.

—Se limitaron a pegarme —dijo Jan, cansadamente.

—¡Se limitaron! ¿Te parece poco?

Jan consideraba meditabundo la excitación de su amigo. Estaba pensando en Dieboldt, en Pieter Lemmer, en Gerard Thulden.

—Me parece poco —asintió—. Muy poco comparado con lo que se puede hacer cuando uno trabaja en serio. Muy poco comparado, por ejemplo, con lo que hacen y enseñan a hacer los SS.

—Tú eres de hierro, Jan. Siempre lo fuiste.

—Quizá. De todos modos, es cierto que Horch se limitó a pegarme. El hecho de que me soltara sin insistir puede significar que tú no le interesas lo suficiente, que sus sospechas son muy vagas, que preguntaba al azar. Pero lo mismo podría significar que te considera una presa segura, tan segura que no necesita perder el tiempo con un oscuro personaje como yo, recién llegado de

Amsterdam y que apenas sabe nada de nada.

La hipótesis no sorprendió a Dick. La escuchó con atención y movió afirmativamente la cabeza.

—Yo también he pensado en ello —confesó.

—¿Y qué te parece?

—Es un riesgo que debo correr. Como medida de precaución voy a retirar de la circulación a Maas, a Van Ryn y a Slinge. Son duros como el que más y se juegan la vida si se ablandan, pero prefiero evitar la posibilidad de que caigan en manos de esa gentuza de la Segunda División. Suponiendo que aguanten lo que tú, se rajarán si las cosas son llevadas más lejos.

Jan miró a la cara a su amigo.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Retirar a tus hombres de la circulación es una medida prudente. —Jan articulaba una a una las palabras— ¿por qué no lo sería que te retirases tú también por algún tiempo?

—¿Yo? —repitió Dick.

—¿No crees?

Groot estudió con el entrecejo fruncido, rascándose una oreja, los verdugones que Jan tenía en el cuello y en el rostro.

—No es mala idea —concedió—. Lo pensaré.

Ada visitó a Jan en su cuarto mediada la mañana de su segundo día de convalecencia. Acababa de levantarse y de tomar un baño; estaba fresca, perfumada, tan hermosa y juvenil como cuando él la conoció. Y tan violentamente atractiva. Vestía una ligera bata que le llegaba hasta los pies. Se quedó en la puerta, mirándole burlonamente.

—Leal hasta la muerte —dijo.

—Vete y déjame en paz —replicó Jan.

—No, querido, no puedo. El propio Dick me ha insinuado que te de las gracias. Tu heroísmo le ha conmovido como nada vi que le conmoviera hasta hoy.

—¿Eso es todo?

—Por lo que se refiere a él, sí. —Ada avanzó unos pasos. Al caminar, sus bellas piernas asomaban entre los faldones de la bata—. Pero yo quiero saber una cosa. Me dijiste el día de tu llegada que no habías renunciado a mí ni renunciarías. Si no renuncias,

¿por qué sostienes a Dick? ¿O no comprendes que yo seguiré a su lado mientras se aguante?

—No es asunto tuyo.

—¡Vaya si es asunto mío! Me das miedo, Jan. Andate con cuidado. Es peligroso hacer trampas jugando conmigo.

Jan se incorporó apoyándose en un codo.

—Te advertí que abrieras los ojos.

—Y yo te dije que los tengo abiertos.

—Entonces no hay más que hablar. Lárgate.

Ella hizo un ademán de impaciencia.

—Jan, ¿qué es lo que pretendes? ¿Recogerme cuando Dick se canse de mí? ¿O esperas que yo le abandone por propia iniciativa? No, no es posible, no eres tan tonto como para esperar eso...

—¡Lárgate!

Ada titubeó.

—Perfectamente. Pero conste que a mí no me engañas. Ni tu heroísmo, ni tu lealtad ni tu nobleza me engañan. Algún día descubriré lo que te propones y quizá te arrepientas de habérmelo ocultado.

El tercer día, por la tarde, cuando ya Jan se había reintegrado a la vida normal, los agentes de la Segunda División visitaron a Groot. Éste se alarmó.

—Acompáñame, Jan —dijo—. Necesito a alguien a mi lado y sólo puedo disponer de ti porque he enviado fuera a los demás.

Jan le acompañó a la sala, donde esperaban los agentes. Estaban allí los tres: Horch, Livens y el otro, en pie, serios y hostiles. Dick les saludó sonriendo con desenvoltura, les invitó a sentarse y sacó vasos y botellas.

—Es un honor —declaró— tener entre estas paredes a representantes tan distinguidos de la nueva Holanda.

Si había sarcasmo en sus palabras los tres hombres no semejaron captarlo. Se sentaron muy tiesos al borde de sus butacas, ignorando los licores que Groot ofrecía, mirándole con duros e inexpresivos ojos.

Dick se reclinó en el diván y disimuló un bostezo. Jan le observaba, ponderando su dominio, acechaba en él cualquier signo de temor. En vano: una vez en escena, Dick no descuidaba detalle de su papel.

—Bien, ¿a qué debo el placer de la visita?

—Puede imaginarlo —replicó con aspereza Livens.

Dick demostró una sorpresa cortés.

—¿Puedo, realmente? ¡Oh, entiendo! Si lo que desean es presentar sus excusas por el trato que dieron al señor Van Oss, no era necesario que se molestaran. No está ofendido. Lo mismo él que yo comprendemos que cumplían ustedes con su deber. Todo sea en bien de la patria.

La cara de Livens enrojeció de ira.

—Amsterdam está minada —declaró, con violencia—, minada de punta a cabo y de extremo a extremo por los traidores y sicarios del colonialismo inglés. Hasta hoy sospechábamos que podía usted ser responsable de ello, pero ahora estamos seguros. Sus magníficas agarraderas, Groot, de nada le servirán. Ha ido demasiado lejos.

—¡Me deja usted pasmado!

—Si de mí dependiera...

Horch interrumpió a Livens con una mueca.

—Prescindamos ahora de generalidades. No interesan.

El agente calló, pero se le veía incómodo, más en tensión que sus dos compañeros.

Horch fijó la mirada en Dick.

—¿Cuándo vio usted a Pieter Lemmer por última vez?

Dick esbozó una impertinente sonrisa.

—¿Pieter Lemmer? ¿Se refiere a un individuo que se hizo matar días atrás?

—Ya sabe a quién me refiero.

—¿Me ha hecho en serio esa pregunta?

—Demasiado en serio.

—Pues no lo sé. Probablemente no le vi nunca. Recuerdo haber oído hablar antes de la guerra de un tal Lemmer conocido como chivato y carterista. ¿Acaso se trataba de él?

Horch respiró profundamente.

—Aunque usted no lo crea, Groot, mi intención es facilitarle las cosas. Lemmer era ahora un informador de la Gestapo y sabemos que se interesaba por usted; pero era un informador holandés y mi opinión es que los asuntos holandeses debemos resolverlos los holandeses. ¿Preferiría usted enténderselas con los alemanes?

—No sé de lo que me habla.

—He reflexionado mucho —dijo Horch pacientemente—. Me he decidido a visitarle porque en un campo de las afueras de la ciudad han sido hallados los cadáveres de dos hombres apellidados Thulden, padre e hijo, relojeros de profesión. He inspeccionado su establecimiento: las puertas están forzadas y hay destrozos y manchas de sangre en el interior... Hace unos meses, Groot, usted consiguió que al inspector Kervin de la Policía local se le abriese un expediente por intentar desvalijar la caja de un restaurante en complicidad con una camarera. Había testigos, pero el expediente sólo prosperó a medias, porque Kervin tenía amigos poderosos. Fue de todos modos trasladado a Utrech y usted se vio libre de él; es decir, se vio libre de un elemento que estorbaba, de un perseguidor encarnizado de espías y saboteadores. Ahora ha intentado repetir la jugada y por algún motivo que ignoro no le ha salido bien. Ha tenido que matar a Lemmer y, en consecuencia, para cerrarles la boca, también a los Thulden. ¿Me equivoco?

Dick no había perdido la serenidad.

—Más bien creo que bromea. Esas fantásticas hipótesis, carentes de base, no merecen la menor atención.

Horch se dirigió a Jan:

—¿Me equivoco, Van Oss?

—Usted sabrá.

El agente se golpeó la palma de la mano izquierda con el puño derecho.

—¡Por supuesto que lo sé! Quiero terminar con los actos de resistencia clandestina, con las violaciones suicidas que a nada conducen y apelo a usted para ello, Groot. La Gestapo no está todavía enterada de cuanto he dicho aquí. No se enterará si puedo evitarlo.

Dick entornó los párpados.

—¿Qué significa eso?

—Significa que le abro la puerta a la posibilidad de una transacción. Puedo aplastarle a usted por lo de Lemmer y los Thulden: bastará una indicación mía a la Gestapo, tengan o no base mis hipótesis, disponga o no de pruebas. Pero no lo haré si me da usted ocasión de acabar definitivamente con las actividades antialemanas. ¿Sabe ya de lo que le hablo, Groot?

Dick guardó silencio un instante.

—Salta a la vista, en efecto. Un plan ingenioso, razonable y con cierta dosis de lógica. El único defecto que le encuentro, un defecto capital, es que no ha acudido usted con él a la persona apropiada. Esa persona no soy yo, no soy yo en absoluto. Dudo que haya nadie en Amsterdam más alejado que yo de las actividades antialemanas. No le culpo por el error, agente; tampoco me ofendo por esas calumniosas acusaciones de asesinato, ¡nada menos que asesinato!, que tan alegremente lanza contra mí. Comprendo que mi pasado aventurero, mis inquietudes juveniles de antes de la guerra, pueden haberle inspirado un juicio equivocado que...

Horch se puso en pie bruscamente.

—¿Va a persistir en esa actitud?

—Desdichadamente, no puedo adoptar otra. Crea que no puedo.

—No olvide lo que le hemos hecho a su amigo Van Oss.

Dick sonrió con melancólico desdén.

—No olvide usted el resultado que les ha dado.

El agente le miraba con los brazos en jarras.

—¿Dónde están sus guardaespaldas? ¿Dónde están Slingelandt, Maas y Van Ryn?

—Son libres de estar donde gusten. Búsqueles.

—No será necesario. Le tenemos a usted.

—¡Por favor, agente!

—No. Groot, no se haga ilusiones. De nada le valdrá que su influencia se extienda por todas partes, que se haya metido a la Policía en el bolsillo, que los poderes de la ciudad le apoyen, que cuente con colaboradores en las más altas esferas de La Haya. Conozco el alcance de la conspiración en que está usted comprometido. A pesar de todo le garantizo que caerá. Si no nosotros, la Gestapo cuidará de derribarle. Elija.

Dick se llevó ambas manos a la frente.

—Me produce usted dolor de cabeza...

Livens se había levantado y avanzaba en su dirección, amenazador, la mano en el pecho, próxima a la funda axilar donde llevaba la pistola.

Horch se interpuso.

—Vámonos. Tú también, Wynant.

El otro agente abandonó la butaca de donde hasta entonces no se había movido. Los tres echaron a andar hacia la puerta.

—Buenas tardes, señores —dijo Dick.

Horch se detuvo en el umbral.

—Hasta la vista —respondió, con ira contenida. Alzó la cabeza, miró en torno e hizo un exagerado gesto de admiración—. Bonita casa, Groot. Le resultará duro renunciar a ella y a todos sus lujos y placeres. Pero es la ley de la vida: cuanto más alto sube uno, más daño se hace al caer... No se moleste en acompañarnos, por favor. Transmita mis saludos a la Gestapo cuando venga en su busca.

No bien sonó el golpe de la puerta exterior al cerrarse, Dick se sirvió cuatro dosis de ginebra, los apuró de un trago y pronunció una violenta maldición. Las manos le temblaban. Tenía perlado de sudor el rostro.

—Has estado bien —dijo Jan, con voz incolora—. Lo único que se proponían al venir era asustarte.

Dick trató de calmar la tensión de sus nervios recorriendo el salón a grandes zancadas.

—¡No pueden nada contra mí! —exclamó—. ¡Me tienen miedo! ¡Esa transacción que me proponen es un síntoma de su impotencia! ¡No se atreven!

—Sería peligroso que realmente no se atrevieran, Dick. Avisarían de verdad a la Gestapo y yo creo que Horch es sincero cuando afirma que quiere resolver por su cuenta el asunto. Ha vislumbrado una ocasión de desarticular la resistencia en Amsterdam y lucirse ante sus amos alemanes...

—¡Todo por culpa de ese cerdo de Lemmer! ¡Todo por él!

Jan se encogió de hombros.

—Sea por lo que sea, es evidente que se han fijado en ti. Ya no eres el comerciante prestigioso y la persona considerada en los círculos nazis que hace unos días asegurabas ser. Debemos afrontar la realidad.

Dick interrumpió su paseo para servirse un nuevo vaso.

—Nunca creí que una situación así llegara a producirse —dijo, más tranquilo, pero con amargo rencor—. Maldito sea Lemmer, malditos sean sus huesos y maldito el momento en que vino a meter las narices en esta ciudad. Todo iba bien, las cosas marchaban sobre ruedas, estaban previstas todas las posibilidades y cubiertos todos los riesgos; y ahora...

Vació el vaso y lo estrelló contra el suelo.

—Dick, no lo tomes de ese modo.

—¿Qué harías tú en mi lugar?

—Pues, no sé. Depende del alcance de tus recursos. Quizá armarme de paciencia y esperar a que el temporal amaine.

—¿Te parece que todo se arreglará con el tiempo?

—Por lo menos evitarás cualquier medida directa contra ti. La intención de Horch es clara; tú personalmente le interesas, pero mucho más todavía le interesa desarticular las acciones de los resistentes. Te propone que traiciones a la organización, que cantes, que le entregues los hilos de la red y a cambio te dejará en paz; de lo contrario, te abandonará en manos de la Gestapo. Las muertes de Lemmer y los Thulden le brindan un arma magnífica. Te has convertido en un punto débil, en el eslabón dañado de la cadena. En mi opinión, debes elegir entre aceptar la oferta de Horch y desaparecer, a no ser que te resignes a afrontar a los alemanes. No te queda otro recurso, Dick.

—Eso se dice muy aprisa.

—¿Tienes manera de ocultarte en alguna parte?

Dick se sentó y estiró las piernas. Estaba abatido.

—Manera, sí.

—Hazlo. Llévate a Maas, a Van Ryn, a Slingelandt y a quienes consideres más vulnerables. Dejarles aquí sería peligroso.

Dick reflexionó. Sacudía la cabeza.

—Jan, eso sería horrible. Convertirme en un fugitivo, renunciar a todo lo que tengo, volver a la incomodidad y la miseria; y, por otra parte, no puedo marcharme en un momento como el actual, corriendo el riesgo de que toda mi obra se derrumbe si yo no estoy en mi puesto para aguantarla. La gente perdería la moral, no habría dinero, no habría coordinación.

—¿No tienes a nadie para ocupar temporalmente tu puesto? —preguntó Jan con los ojos bajos—. ¿A nadie de confianza? ¿Bibo Hertog, quizá? ¿O Jasper? ¿O Van Loon?

—¡Diablo, no! Tú les conoces. Dar responsabilidad a uno cualquiera de ellos sería la catástrofe.

Jan se encogió de hombros.

—En tal caso...

—Tú.

Jan volvió la espalda a su amigo y se aproximó a la ventana.

—No, Dick, yo no. No me metas en esto. Apenas me conoce nadie, apenas conozco a nadie. Todavía no he entrado en la red. Ignoro cómo funcionan las cosas.

A Dick le brillaban los ojos. Había recobrado parte de su animación.

—Eso se aprende enseguida.

—No insistas, por favor. Soy un extraño en vuestro ambiente. Muchos se sentirán postergados y protestarán. Habrá disgustos.

—¡Un cuerno, disgustos! Tú no eres un advenedizo y por lo demás te sobra mano dura para meter en cintura a los rebeldes. Reuniré a los muchachos, sólo a los que de veras significan algo en la red y les expondré la situación. Los que me son realmente fieles te apoyarán por encima de todo; los que no, no cuentan. ¡Cielos, qué buena idea, chico! ¡Qué buena idea! ¿No comprendes? Piensa en la Segunda División o en la Gestapo. ¿Qué? Podrás alegar tranquilamente ante ellos que no sabes nada de la resistencia, que acabas de regresar a Amsterdam, y se verán obligados a creerte. ¿Cuál es tu punto vulnerable? ¡Ninguno! ¡Tú no eres un eslabón tarado como yo, Jan, sino firme como una roca!

Jan tenía los ojos cerrados.

—Es imposible.

—¡Dame una sola razón!

—¿Cómo voy a gobernar yo tus asuntos, a manejar tu dinero, a resolver tus problemas? ¿Con qué autoridad me impondré a la gente de la red? ¿Qué experiencia tengo yo de lo que es la lucha clandestina o el sabotaje? ¿Qué confianza depositarán en mí los agentes aliados? ¿No te das cuenta...?

Dick le interrumpió con una carcajada.

—¡Minucias, Jan, minucias! Todo eso se resuelve con una noche de trabajo, tú y yo a solas, transmitiéndote las consignas, extendiéndote las autorizaciones y poderes necesarios. Cuatro trucos, media docena de trampas y otros tantos engaños. La vida subterránea de la resistencia es complicada, pero está montada sobre un esqueleto sencillísimo, y poco más que el esqueleto es preciso conocer para dirigirla. Una noche de trabajo... Esta noche, por ejemplo.

Jan regresó de la ventana y miró cara a cara a Dick.

—Pudiera ser, a fin de cuentas, que nos hayamos alarmado más

de lo que justifica la realidad de la situación. Piénsalo bien.

—Lo he pensado bien. Prefiero no exponerme. No se trata únicamente de mí: estoy comprometiendo la suerte de toda Holanda.

—¿Hasta tal punto confías en mí?

Dick sostuvo firmemente su mirada.

—No —respondió sin vacilar—. Nunca he confiado en nadie. No te confundas, Jan. Puedes cometer un fallo, es humano cometerlo; pero si intentas mía trastada, ¡oh, entonces!, por muy lejos que esté yo, con sólo mover un dedo te echaré a toda la resistencia encima. Tenlo presente.

Jan asintió con el entrecejo fruncido.

—Lo tendré presente, Dick. Si esta noche vas a ponerme al corriente del manejo de tu organización, ¿ello significa que te marcharás mañana?

—Mañana mismo, en efecto.

* * *

Los golpes en la contraventana sonaron con un compás peculiar: dos fuertes, uno débil, dos fuertes.

La contraventana se abrió al instante.

—¡Jan! ¿Qué te ha pasado? ¡Tantos días sin saber de ti! ¡Oh, Jan!

El trepó al alféizar de un salto y se introdujo en la habitación. Indicó a la muchacha con un ademán que no cerrase las contraventanas de nuevo.

—Sólo puedo detenerme un instante. He de volver enseguida.

—¿Ocurre algo malo?

—Todo lo contrario, Heidi. —Las primeras sombras de la noche, en la habitación sin luz, disimulaban las marcas que de los golpes de Horch conservaba Jan en el rostro—. Los acontecimientos se han precipitado, las cosas van mucho mejor y más deprisa de lo que yo espejaba; por ello no he podido venir ni prevenirte hasta este momento. —Los ojos del hombre centellearon en la oscuridad—. Heidi, querida, mañana es el fin.

La muchacha se estremeció.

—¡Mañana!

Jan la acogió en sus brazos, acarició su cabello. Luego preguntó con ternura:

—¿Recuerdas bien mis instrucciones?

—Sí, Jan.

—A primera hora de la mañana habrás de ponerte en contacto con el hombre que se hace llamar Hedndrik Hals. Por teléfono, ¿entiendes?, apenas llegues a la escuela. Debe estar todo dispuesto a partir de las nueve de la noche. Dile que yo me reuniré contigo aquí; de las nueve en adelante, no puedo concretar la hora. Hals se ocupará del resto.

Heidi enderezó la cabeza. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Jan, me parece imposible. Una fantasía. Temo que... al final...

—No hay nada que temer.

—¡Sí, Jan, sí! ¡Pueden matarte! ¡Puede ocurrir una desgracia!

Jan rió con amargura.

—Querida, todo será vergonzosamente fácil. Existe tanto riesgo de que me maten como de que Amsterdam sea destruida por un terremoto. Mañana, cuando volvamos a vernos, habrá terminado y la nueva vida que te prometí empezará para los dos. ¿No te entristece pensar que será tu último día de maestra de escuela?

—No pienso en ello. Sólo pienso en ti... ¡No te marches aún...!

El no se marchó. No se marchó sin haber cubierto de besos aquel rostro adorable con que soñara durante tres años de doloroso destierro.

Había sido una expiación, pero ahora terminaba.

CAPÍTULO XI

A las once de la mañana, citados por Dick Groot, Hertog, Van Loon, Vlaeminck y dos hombres más acudieron separadamente a la antigua cervecería próxima al muelle del Canal del Norte y fueron introduciéndose uno por uno en el reservado de la parte trasera. Encontraron allí a Dick y a Jan.

Groot sirvió bebidas. Estaba muy contento y había recobrado todo el aplomo que perdiera la víspera con la visita de los agentes de la Segunda División, pero se le notaba cansado.

—Lo estoy —dijo, cuando Vlaeminck hizo sobre ello un comentario—. Jan y yo hemos pasado en blanco la noche. Una decisión importante lo exigía; la misma por la cual os he hecho venir.

Los cinco hombres se mostraban intrigados. Jan estudió atentamente a cada uno de ellos mientras Dick explicaba en qué consistía su decisión, y desde el principio se dio cuenta de que a ninguno de los cinco le agradaba el proyecto. Fue Bibbo Hertog, no obstante, quien más vivamente expresó su disgusto.

—No veo claro el motivo de que necesites ocultarte —objetó—. Es una idea descabellada y, además, inoportuna. Que los tipos de la Segunda División te molesten no la justifica, porque más o menos a todos, en uno u otro momento, nos han molestado; a no ser que estén encima de ti por una causa especialmente grave...

Dick enarcó las cejas.

—¿Especialmente grave, Bibbo? ¿Qué quieres decir?

—Nada, ya sé que me equivoco —rezongó el impresor—; pero el hecho de que hayas decidido marcharte me inclina a pensar que, pese a la paliza que recibió, Dieboldt no andaba tan descaminado en sus sospechas. Y todos se inclinarán a pensar como yo en cuanto

conozcan la noticia. Esto no te conviene. Ni a nosotros. No estamos en la época de los negocios, Groot; estamos, por si lo has olvidado, combatiendo a nuestra manera en defensa de la libertad de Holanda.

Dick dominó el impulso de replicar violentamente.

—Adivino hacia qué blanco apuntas. Pero es absurdo creer que yo maté o hice matar a Pieter Lemmer.

—¿También les parece absurdo a los de la Segunda División?

—Allá ellos, Bibó. Lo único que te digo es que empiezan a ponerse pegajosos y que en bien de todos más vale que yo me retire temporalmente.

Hertog miró con descaro a Jan.

—¿Dejando a Van Oss en tu puesto?

—¿Por qué no?

—¿No hay nadie más adecuado?

Dick, sentado como estaba junto a la mesa de mármol blanco, se inclinó hacia adelante, disparó la mano y plantó una bofetada en mitad de la cara de Hertog.



Horch le golpeó en la garganta.

—¡Vuelve a decir eso y no lo cuentas!

Hertog se echó a temblar, no de miedo, sino de cólera y humillación. Pero era obstinado.

—Lo digo sin mala intención —insistió roncamente—. Van Oss está aquí como caído de las nubes, no le ha tomado todavía el pulso a nuestra tarea. Además, y no interpretes las cosas del revés, Groot,

él anduvo muy ligado a Will Smuts antes de la guerra y puede que no despierte muchas simpatías en algunos de nosotros. Conste que no hablo por mí en particular.

—Hables o no hables tendrás que tragarle. Está decidido.

—Yo pienso como Bibó —anunció ásperamente Vlaeminck.

Dick enrojeció.

—Déjale —intervino rápidamente Jan—. Amigos, yo soy el primero a quien molesta esta combinación. No pretendo quitarle el sitio a nadie ni me creo capacitado para sustituir a Dick. Si he aceptado ha sido por hacerle un favor, por ayudarle a salir de un mal paso y también por Holanda. Os pido que consideréis las cosas así. Me conocéis hace muchos años y sabéis que dar puntapiés por la espalda no es mi especialidad. No os pongáis en guardia hasta que me veáis dar el primero.

—Yo no me pongo en guardia —respondió Vlaeminck—. Te aprecio, Van Oss, tú lo sabes. No se trata de eso. Eres un buen sujeto y tienes algo de mollera, pero no basta.

Jan se volvió a Van Loon.

—¿Qué piensas tú?

—Adelante por mí, estoy de tu parte. Eres el único capaz de gobernar la red si Dick se marcha. Y si algunos opinan de otro modo, créelo, es por envidia.

—¡Cuidado con la lengua! —Gruñó Vlaeminck.

—Digo lo que me pasa por las narices. Hablemos claro: tú y Bibó queréis empuñar las riendas, nadie os parecerá bueno si no sois vosotros quienes mangoneáis.

Uno de los dos hombres que hasta entonces habían permanecido callados intervino con voz grave:

—Me permito sugerir, señor Groot, que nos presente usted a su amigo. Van Loon, Vlaeminck y Hertog parecen conocerle, pero no estaría de más que nosotros supiéramos algo de quien va a ocupar un puesto tan importante. Por lo que respecta a mí, es la primera vez que le veo y oigo su nombre.

—¡Basta! —exclamó Dick—. Desde mañana hasta que yo considere oportuno reintegrarme a mis actividades va a ser Jan Van Oss quien mande aquí. Sin discusión. Podéis largaros y comunicarlo a todos; he dicho cuanto tenía que decir.

Los cinco hombres se pusieron en pie. Únicamente Van Loon,

con una sonrisa, tendió la mano a Jan.

—Cuenta conmigo —dijo—. Sé de sobra que si yo u otro cualquiera de nosotros tomara las riendas de esto no le durarían ni veinticuatro horas. Tú sirves, Van Oss; nos entenderemos. Buena suerte.

Dick interceptaba el camino de Hertog, quien en malhumorado silencio se dirigía ya hacia la puerta.

—¿Y bien, tú?

El impresor se encogió de hombros.

—El daño ya está hecho, no es cosa de esta noche ni de hoy. Tú y sólo tú serás responsable de lo que ocurra.

—¿No hablarás de más, Bibó?

—Pudiera ser.

Los cinco hombres salieron del reservado.

Jan y Dick emprendieron juntos, a pie, el regreso a Spandoorn. El segundo caminaba absorto, enfurruñado, con las manos en los bolsillos.

—Mira, Jan —dijo, transcurrido algún tiempo—, pensaba marcharme esta misma noche, pero creo que lo demoraré. No me gusta el panorama.

Jan fijaba distraídamente la mirada en el bosque de mástiles de las embarcaciones atracadas en el canal inmediato.

—No te gusta —admitió—. Muy bien, será cuestión de ver si te gusta el panorama que tendrás delante si te quedas. Sospecho que es un poco tarde para echarse atrás.

—Sin embargo...

—Dick, una vez que he accedido a lo que me pedías puedes contar conmigo para todo. No te preocupes. Si hay que pegar duro al principio, pegaré duro; si hay que *ser* flexible, *seré* flexible. No necesito más que un *par* de muchachos del calibre de Slingelandt, *Maas* o Van Ryn; no ellos mismos, *por* supuesto.

—Eso podría arreglarse.

—Eso y carta blanca.

Dick suspiró.

—De acuerdo, Jan.

—Entonces no hay cuidado. Haz tus preparativos y tranquilízate. Una brisa húmeda aliviaba el calor.

Jan notó que el sudor se le enfriaba en la frente.

Más tarde, a la hora del almuerzo, encontró a Ada en el salón de la casa, manipulando los mandos del aparato de radio. Adivinó al instante que la mujer ardía en deseos de hablarle.

—Delirios de grandeza, Jan —le dijo.

El asintió fríamente.

—Quizá.

—Da pena mirarte, ¿sabes? Tiene una la sensación de que ve a un ahorcado colgando de la cuerda, como un suicida, como un Judas barato. De modo que Dick se marcha y te deja al frente de sus asuntos, ¿eh? De modo que has conseguido eso. Estupendo, ¿verdad? ¡Qué pisto nos daremos ahora!

Jan estuvo a punto de hablar, pero se contuvo. Giró sobre sus talones y abandonó el salón.

Mientras le veía alejarse, a Ada se le helaba la sonrisa en los labios.

CAPÍTULO XII

A las cuatro y media de la tarde ya no soplaba la brisa. El calor era intenso. La luz del sol temblaba en el vaho de humedad que se elevaba de los canales; se reflejaba en las aguas lisas como espejos, dolía en los ojos, deslumbraba.

Jan bebió un sorbo de la floja y desabrida cerveza que por causa de la guerra se vendía a precio de néctar en los establecimientos públicos. Depositó el vaso sobre el mostrador. Miró hacia el fondo del local, donde estaba el teléfono. Luego se dirigió calmamente hacia allí.

Consultó la guía antes de llamar.

—Con el señor Ostade. Adriaen Ostade.

El barman no le prestaba atención. Conversaba con un cliente, el único a excepción de Jan. Ambos miraban al exterior a través de la puerta.

—¿Quién le llama?

—Un amigo.

Una pausa. La voz de Ostade en el aparato:

—Diga.

—Aquí Van Oss. No deje que sepan en la imprenta que soy yo quien le habla. Es importante.

La voz reflejó temor:

—¿Ocurre algo?

—Sí.

—Pero... Oiga, no comprendo...

—Estoy en «Limburgen», un bar de la calle de Piesbosch, a dos manzanas de ahí. Busque cualquier pretexto para salir y venga inmediatamente.

—Oiga...

—Inmediatamente, Ostade, por favor. Le aseguro que es importantísimo.

—Muy bien.

Jan regresó junto a su cerveza.

Esperó. Cinco minutos. Diez.

El barman y el cliente continuaban conversando.

Adriaen Ostade apareció al fin. Se había despojado del guardapolvo y estaba pálido. Miraba a un lado y otro con recelo.

Pestañeó para acostumbrar sus ojos a la penumbra del interior del local. En seguida vio a Jan. Echó a andar hacia él.

—Señor Van Oss, ¿qué es lo que ocurre? Me ha asustado. No sabe cuánto me ha asustado. Uno vive siempre pendiente...

El barman miraba hacia allí. Jan le indicó por señas que sirviese otra cerveza.

—Aguarde un poco y tranquilícese —dijo al hombre, palmeándole el brazo—. Ya le contaré.

Ostade contuvo a duras penas su impaciencia.

La cerveza fue servida. El barman se reintegró a su conversación.

—Señor Van Oss...

—Le necesito —dijo quedamente Jan, con los oídos bajos.

La mano de Ostade tembló.

—¿Usted a mí?

—Sí.

—¿Eso tiene... tiene algo que ver con la marcha de Dick Groot?

—¿Está enterado?

—Me he enterado por lo furioso que se ha puesto Bibb Hertog. Mucho temo que... que haya complicaciones...

—¿Qué le parecería si Dick Groot no volviese?

Ostade abrió la boca. Luego tosió.

—No sé. Según. Pero le advertí a usted el otro día...

—Las circunstancias han cambiado mucho desde el otro día. Entérese, Ostade: el mandato de Groot ha terminado de todos modos. Mató a un confidente de la Gestapo y los alemanes nunca se lo perdonarán. Yo voy a librarle del mal paso y a intentar salvar lo que se pueda en beneficio de todos. Soy el único capaz de hacerlo: el propio Groot me ha puesto al corriente de sus asuntos, me ha entregado sus poderes, me ha revelado los secretos del

funcionamiento de la red. Es una oportunidad única para limpiar la organización y hacer que la resistencia deje de ser un gran negocio para unos pocos y un matadero para los más. Porque usted sabe que actualmente es eso, ¿verdad, Ostade?

—Sí —murmuró el hombre.

—Muy bien. Es una oportunidad única —la mirada de Jan adquirió una dureza diamantina—, pero sólo si conseguimos que Groot no regrese. Y para ello le necesito.

Ostade gimió.

—No, por Dios, yo no.

—No hay el menor riesgo, descuide. Voy a pedirle solamente que abandone por hoy el trabajo, que no vuelva a la imprenta, que se marche a casa y no salga de allí hasta mañana ocurra lo que ocurra. Nada más.

El hombre estaba aterrorizado.

—Señor Van Oss, se lo ruego... Eso no es lo suyo. Usted no sirve. Usted siempre ha sido...

—Recto, noble, leal, conozco la letanía. Pasó a la historia, Ostade. Yo le demostraré si sirvo o no. ¿Qué le apetece? Dinero, supongo. —Jan metió la mano en el bolsillo y sacó en ella un puñado de billetes, parte del dinero que Dick Groot le había entregado a título de comisión en la última colecta—. Aquí tiene. Habrá mucho más. ¿Quiere un empleo influyente y bien remunerado? ¿Quiere recobrar su librería? Es suya. ¿Quiere un establecimiento en el mejor punto de la ciudad? Es suyo. Pida cuanto desee, Ostade; para usted, para su nuera, para sus nietos. Sólo por dejar el trabajo ahora mismo, marcharse a casa y encerrarse hasta mañana.

—¿Sólo por eso? —articuló Ostade, empezando a dominar su terror.

—No le engaño.

—¿No tengo que hacer ni decir nada?

—Nada. Esperar.

Ostade se estrujó nerviosamente las manos.

—Supongo que si le pido detalles...

—No se los daré.

Con súbita decisión, de un trago, el hombre vació su vaso de cerveza. Luego cogió de la mano de Jan los billetes y se los guardó.

—Si no es más que eso cuente conmigo.

—¿Qué pide a cambio?

—Ya veremos. No creo en las hadas, señor Van Oss. De momento tengo el dinero. Ya veremos lo que ocurre después.

Jan sonrió.

—De acuerdo. Márchese inmediatamente.

—Sí, señor Van Oss. Adiós y buena suerte. Muchas gracias por haber pensado en mí... Muchas gracias...

Jan le vio salir del bar, todavía aturdido. Hizo una profunda inspiración. Pensó que, a fin de cuentas, Adriaen Ostade no creía en las hadas, y quizá tampoco en los hombres. Su desengaño no sería, por tanto, un golpe duro.

Permaneció cinco minutos inmóvil ante los vasos de cerveza, con una vaga sonrisa en los labios. A continuación, sonriendo aún, se dirigió de nuevo al teléfono.

Volvió a consultar la guía. Llamó.

—¿Jefatura de Policía? —preguntó en tono autoritario, pronunciando las consonantes como lo hubiera hecho un alemán.

—Diga, aquí es.

—¿Está ahí el señor Horch?

—¿Quién?

—Los agentes de la Segunda División. Cualquiera de ellos. Le habla el capitán Geldern, de la Comandancia.

—Un momento, mi capitán.

Jan esperó.

Desde la Jefatura, el hombre que había hablado anunció amablemente:

—No están, mi capitán. ¿Desea algo para ellos?

—Averigüe dónde puedo encontrarles. Dese prisa.

Nueva espera.

—Se alojan en el «Hotel Real». Si quiere usted que trate...

—No es necesario.

Jan cortó la comunicación.

Regresó calmosamente al mostrador y pagó las cervezas. El barman estaba ansioso por reanudar su conversación con el cliente. Había ya dejado de prestarle atención cuando salió a la calle.

«Hotel Real».

Jan anduvo por las aceras de sombra, paso tras paso, sin la más

leve vacilación. Su rostro impassible semejaba tallado en piedra.

Únicamente Livens se hallaba en sus habitaciones del hotel. Antes de abrir la puerta había estado tumbado en la cama, en mangas de camisa, fumando y leyendo. No disimuló su sorpresa al reconocer al visitante.

—Pase. ¿Qué demonio quiere usted?

—Hablar con Horch.

—Horch salió después de almorzar.

—Pues localícele y dígame que venga. Y cuide de que nadie se entere de que estoy aquí. ¿Hay fisgones en el hotel?

—¿Qué clase de fisgones?

—Espías de los resistentes. ¿No les siguen a ustedes los pasos?

Livens se dirigió al teléfono. Su mirada traslucía expectación, curiosidad y una cierta cautela.

—Es posible —dijo, mientras esperaba línea con el aparato levantado. Luego marcó un número y preguntó mirando a Jan—: ¿Está ahí el señor Horch? ¿No está? Gracias.

Consultó la guía y marcó un nuevo número.

—Hace calor —comentó Jan, sonriendo distraídamente.

El agente frunció el entrecejo.

—¿Está el señor Horch? —preguntó por segunda vez—. De Livens. Sí, por favor... Oh, hola. Tenemos visita. Procura volver lo antes posible. No, ahora mismo. Muy importante. De acuerdo.

Cortó.

—¿Tardará? —inquirió Jan.

—No. ¿Un cigarrillo?

—No se moleste.

Horch, acompañado del tercer agente, se presentó a los pocos minutos. Enarcó las cejas al encontrarse ante Jan, quien se había arrellanado en un sillón con las piernas extendidas.

—¿Qué ocurre?

—Van Oss quiere hablarte —informó Livens.

—Tengo una cosa para usted —anunció Jan.

—¿Qué es?

—Un regalo: Dick Groot.

Horch se sentó en actitud alerta. Sus dos compañeros se miraron. Livens hizo un gesto ambiguo.

La tensión que remaba en el cuarto era casi palpable.

—Explíquese —*dijo* Horch—. Pero mucho cuidado. Van Oss. *Mucho cuidado* con las trampas. En cuanto a Groot...

—Ha cometido usted un error con él —le interrumpió fríamente Jan—. La idea de obligarle a cantar amenazándole con entregarle a la Gestapo tenía un fallo grave. Groot se dispone a abandonar Amsterdam, a desaparecer, a ocultarse, y ni la Gestapo ni ustedes conseguirán echarle mano nunca.

Horch se puso rígido.

—Todavía podemos...

—No. Descuide, Groot no escapará. Usted y yo lo impediremos.

—¿Usted y yo?

—¿Por qué meter a la Gestapo en esto y cederle los honores? Está usted en un momento brillante, Horch. ¿Le gustaría cazar a Groot con las manos en la masa y eliminarle de una vez para siempre?

—¿Va a hacerme una oferta?

—Pues claro. —Jan se acomodó perezosamente en la butaca—. Atienda, es muy sencillo. Si hace usted las cosas bien, esta noche, antes de marcharse, Dick Groot intentará matar a un hombre como mató a Lemmer y a los Thulden.

—¡Alto ahí! ¿Confiesa usted que Groot los mató? Toma nota de esto, Wynant. ¿Firmará una declaración, Van Oss?

Jan bostezó.

—¿Una declaración sobre qué? Yo no sé nada ni he visto nada... Pero aguarde a escuchar lo que le digo. Suponga que montamos una farsa. Suponga que fingimos que determinado individuo era amigo de los Thulden y quiere vengarles contándoles a ustedes cuanto sabe respecto a Groot y a los resistentes. El individuo concierta con ustedes una cita a una hora en que él calcula que Groot habrá ya abandonado la ciudad; lo hace así porque le tiene miedo. No obstante, en un descuido, ustedes permiten que la noticia trascienda, por ejemplo, a la policía local, en cuyas filas Groot cuenta con amigos y confidentes. Éstos se apresurarán a avisarle, y Groot, antes de retirarse, eliminará el peligro como suele eliminarlos todos. Sólo que ustedes estarán esperándole. Le verán en acción. No creo que después haya necesidad de recurrir a la Gestapo.

—Me asombra su proceder, Van Oss —dijo Horch, pensativo—.

Si había de terminar de ese modo, hubiera podido ahorrarse el mal rato que le hicimos pasar.

—No sea ingenuo. Dick Groot perderá esta noche los nervios precisamente a causa de aquel mal rato. ¡Oh, mil diablos! ¿Quería usted que le contara lo que no sé? ¿Qué información imagina usted que poseo, yo, un ex prisionero de guerra recién vuelto a casa? ¡Horch, es usted tonto de remate! Pero de no haber resistido su interrogatorio como lo resistí, esta farsa no sería posible...

—Creo comprender. —Horch apartó desdeñosamente la mirada del rostro de Jan—. Una idea asquerosa: dejarse apalazar por nosotros para convertirse en el hombre de confianza de Groot y así traicionarle con garantías plenas. ¿Desde cuándo es usted tan astuto, Van Oss? ¿Desde cuándo se porta como una víbora?

—¿Por qué cree que le sirvo a Dick Groot en bandeja? —replicó Jan sin inmutarse—. ¿Por servir a lo que ustedes llaman Nuevo Orden? ¿Por capricho personal? ¿Por hacerle a usted un favor? ¡Narices! ¿Qué sabe usted de mí, Horch?

—Empiezo a sospechar que no sé lo suficiente.

—Le expondré mis motivos en pocas palabras. Uno, yo era antes de la guerra amigo y colaborador de Wilhelm Smuts, a quien Dick Groot barrió del mapa, como a cuantos le eran fieles, para apoderarse de las riendas del contrabando y del mercado negro en Amsterdam. Dos, la actual amiga de Groot, Ada Leyden, me abandonó un día porque yo no era lo bastante rico y poderoso para...

Horch movió imperativamente las manos.

—Está bien, ahórreme esa relación de bajezas y porquerías. Terminemos. Su proyecto me interesa.

Jan rió echando la cabeza atrás.

—¡De acuerdo! El individuo de quien le he hablado, el supuesto amigo de los Thulden, se llama Adriaen Ostade y es jefe de almacén en la imprenta de Hertog, un taller que trabaja para los alemanes. No sabe una palabra del papel que se dispone a representar. Por orden mía se ha encerrado en su casa, espero que con su familia, y aguarda a que el baile empiece a su alrededor. Ignoro dónde vive: ustedes lo averiguarán. Dejen caer casualmente el cebo delante de la policía, y yo les avisaré en cuanto Groot lo muerda. Llamaré por teléfono aquí, al hotel. Procuren no llegar tarde. No me gustaría que

Ostade y su familia sufrieran daño.

—¿Todo eso no fallará?

—Seguro que no. Groot es demasiado impulsivo y está demasiado asustado.

—¿No delegará a alguien?

—El de asesino es un oficio que le gusta. Y yo puedo influir, si es necesario, para que no delegue a nadie.

—Jamás vi a un hombre transformarse como se ha transformado usted —dijo Horch sacudiendo la cabeza.

Jan se levantó calmosamente de la butaca.

—Esto es sólo el comienzo. Hasta pronto, Horch. Le llamaré en cuanto Groot se ponga en camino.

—¿Debo darle las gracias?

—No —dijo Jan desde la puerta, con los ojos bajos—. Más vale que no me las dé.

La puerta se cerró tras él.

—No comprendo —declaró enseguida Livens, mirando perplejo a Horch—. No comprendo que hayas acopiado esa transacción. ¿Qué importa Groot? ¿No son los movimientos clandestinos de resistencia lo que pretendemos aniquilar? ¿Y no habíamos proyectado valemos de Groot para ello? Si él cae...

Horch reía.

—¿Estás ciego?

—¿Ciego?

—¿No te das cuenta de cuáles son las intenciones de Van Oss, de ese cabezota bajo de techo, de ese infeliz, de ese fracasado muerto de hambre? ¡Quiere derribar a Groot, no sólo para vengarse de antiguas ofensas, sino para ocupar su puesto! ¡Oh, cielos, nunca vi nada tan gracioso! Dejémosle que siga adelante con sus planes, ¡dejémosle! Si un pobre estúpido como él se coloca a la cabeza de la resistencia, ésta no tardará más que unos días en desmenuzarse entre sus dedos y habrán terminado nuestras preocupaciones. Mientras tanto, tendremos a Groot y podremos presentar a los alemanes al asesino de Lemmer. Si Van Oss nos ha allanado tan amablemente el camino, ¿para qué voy a marchitarle las ilusiones? ¡Decidme!

Nadie dijo nada.

Horch miró hacia la puerta y dedicó al ausente Jan un saludo.

—Adiós, gran hombre —añadió con sarcasmo.

CAPÍTULO XIII

En el salón estaban Dick y Ada, Slingelandt, Maas y Van Ryn cuando Jan Van Oss bajó luciendo traje, camisa, corbata y zapatos nuevos. Llevaba el cabello muy bien cortado y las uñas muy pulidas, y andaba envuelto en un aura de perfume varonil.

No obstante, Ada fue la única que se dio cuenta del cambio en él operado. Los demás estaban demasiado absortos en su problema. Charlie Borken había llamado por teléfono minutos antes, y su llamada acababa de alterar los planes de marcha de Dick, desvaneciendo de paso su optimismo. Ahora, desconcertados, Dick, Slingelandt, Maas y Van Ryn discutían.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jan.

Miró a Dick a los ojos mientras se lo contaba. Un obstáculo inesperado. Un sujeto apellidado Ostade, resentido porque la ascensión de Dick había ocasionado la ruina de su negocio y la muerte de algunos de sus amigos, iba a hacer a los agentes de la Segunda División una declaración relacionada con el asesinato de los Thulden. Al parecer, dato que Dick ignoraba, Ostade y los difuntos relojeros habían estado en contacto de un modo u otro, y el hombre, que se enteraba de muchas cosas debido a que trabajaba a las órdenes de Bibó Hertog, quería vengar a las dos víctimas. Charlie Borken había sido casualmente informado de ello y le había pasado la noticia a Dick. Éste se disponía a entrar en acción.

Jan observó por el rabillo del ojo que Slingelandt había sacado su pistola provista de silenciador y la revisaba cuidadosamente.

Van Ryn y Maas se mostraban nerviosos.

—De modo que habrá otra vez tiros.

—Tiene que haberlos, y enseguida —dijo ásperamente Dick—. No puedo marcharme y tolerar que Ostade suelte la lengua... ¡Condenación, juraría que Bibó Hertog tiene en esto parte de culpa! Conozco bien a Adriaen Ostade, Un sapo, un sapo venenoso. Le

coloqué con Bibó, un buen empleo que otro me hubiera agradecido, y no se contentó. ¡Muy bien, si no se contenta ahora será porque el infierno no es un sitio cómodo!

Slingelandt se guardó la pistola.

—¿A qué esperamos?

Los músculos del rostro de Jan estaban tensos. Notaba la fijeza con que le miraba Ada, la atención con que estudiaba su traje, sus zapatos, su corbata, su corte de pelo. Todo aquello tenía para ella indudable significación. Jan aguardaba su comentario de un momento a otro, sobre ascuas, como quien se sabe a punto de recibir una herida.

Por lo demás, se sentía helado como un témpano. Dick Groot, alto y rubicundo, elegante, estaba delante de él en la plenitud de la vida y del vigor. Costaba creer, y sin embargo era cierto, que le veía entonces por última vez.

Los segundos transcurrían como etapas de una tortura insufrible.

—Vamos —dijo al fin Dick, y Jan no pudo contener un suspiro—. Prepáralo todo, Ada. Dentro de una hora volveremos y sólo pararemos para recogerte y cargar con el equipaje.

—Descuida —respondió ella. No apartaba la mirada de Jan—. Dick, ¿sabes bien lo que haces? —añadió.

Dick sonrió. La apremiante inminencia de la acción le estaba devolviendo la calma.

—Pues claro que lo sé, nena. Y también sé que no tengo otro remedio que hacerlo. No te preocupes.

Maas y Van Ryn se hallaban ya en el vestíbulo. Slingelandt aguardaba.

Dick se inclinó un poco hacia Ada, la rodeó con los brazos y la besó. Ella se apretó contra él. Fue un beso largo.

Jan volvió la cara.

—¿Tú vienes, Jan?

—Esta vez no, Dick. Tengo algo que hacer.

—Como quieras. Tú también te quedas, Slinge.

—¡Eh, no! —protestó el pistolero.

—Llévale contigo —dijo Jan, haciendo un esfuerzo—. Recuerda lo que pasó con Lemmer. No está de más un exceso de precauciones.

Dick titubeó.

—De acuerdo, ven. —Saludó con la mano. Y fue solo entonces cuando advirtió el cambio operado en Jan—. ¡Diablo, chico! —exclamó—. ¡Pareces otro! ¿A qué se debe eso?

—Cuando vuelvas te contaré. Hasta pronto, Dick. Suerte.

—Suerte —respondió Dick con una amplia sonrisa.

Y desapareció.

Sonó la puerta exterior al cerrarse.

Luego hubo un silencio. Largo. Larguísimo.

Jan se aproximó a la ventana y miró afuera. Esperaba. Un minuto, otro minuto. Una eternidad.

Tenía el rostro cubierto de sudor cuando, finalmente, dio media vuelta, se dirigió al teléfono, alzó el aparato y marcó el número del «Hotel Real».

—Con el señor Horch —dijo. Una pausa—. ¿Horch? Han salido ya. Van a pie.

Cortó.

Ada le contemplaba con la boca entreabierta. No se había movido aún del lugar donde recibiera el último beso de Dick.

—Jan, ¿qué has hecho?

—Pronto lo verás. Esta noche van a ocurrir muchas cosas.

—¿Quién es Horch? ¡El hombre de la Segunda División! ¿Es él?

—Sí, muñeca.

La mujer lanzó un ahogado grito.

—¡Jan, Jan! ¿Por qué te has vestido así? ¡Mírate a un espejo! ¿No has visto que parece que vayas disfrazado?

Él avanzó lentamente hacia ella.

—La gente se viste con elegancia para asistir a un funeral.

—¿De qué funeral hablas?

—Del funeral de un traidor.

Ada dio un paso atrás, intentó retroceder, apartarse. Jan la asió firmemente por la muñeca.

—¡Desvarías! ¡Estás loco! —exclamó ella con voz sorda, sin mostrar intención de desasirse. Sus ojos escrutaban atónitos el pétreo rostro del hombre—. ¡Eres un monstruo! ¡Has vendido a Dick! ¡Eso es lo que has hecho, Jan!

—Cierto. Los agentes de la Segunda División le esperan.

—¿Pero tú? ¿Tú?

Jan echó a andar hacia la puerta arrastrando a la mujer tras él.

—Está bien, paloma, todo ha terminado. Ahora vienes conmigo. Te divertirás más de lo que supones.

Sacó a Ada de la casa y la condujo al garaje. Allí, con el gasógeno encendido, a punto, estaba el viejo camión.

Ella comprendió al instante lo que significaba.

—¡Lo tenías preparado! ¡Sabías de antemano que esto iba a ocurrir!

—Sube —ordenó él.

Y partieron.

Adriaen Ostade vivía en una antigua casa de vecindad, junto a un canal de aguas turbias. Casi llegaron tarde. Un «Opel» con camuflaje de guerra se hallaba estacionado en la esquina, corría gente por la calle y se veía a dos agentes de policía en mitad de la calzada, perplejos, mirando hacia la casa sin saber qué hacer.

Cuando estuvieron más cerca y se oyó el resonar profundo y oculto de los disparos, Jan detuvo el camión.

—Fíjate en eso —dijo a Ada.

Ella no se movía, rígida en el incómodo asiento, con las manos en el regazo y la cabeza apoyada en el respaldo, muy pálida, la falda en desorden y descubriendo sus hermosas piernas, tal como quedó al sentarse; muy abiertos los ojos, y sin ver.

Los disparos seguían sonando.

—Fíjate —insistió Jan—. Rápido, limpio, fácil, como a Dick le gustaba. ¡Qué maravilla!

La gente se había desbandado y los dos agentes se dirigían hacia la puerta de la casa. Antes de que llegaran salió por ella, tambaleándose, un hombre con una pistola en la mano.

—¡Dick! —gimió desesperadamente Ada.

Pero no se movió.

Dick Groot había visto a los dos policías, y como si verlos le encendiera la, sangre acababa de abrir fuego contra ellos. Uno de los agentes cayó de rodillas, el otro corrió a buscar refugio en el hueco de un portal.

Una nueva figura salió de la casa.

Era Livens, Jan le reconoció al instante. Observó que Dick, atento a cazar al segundo policía, daba la espalda al hombre de la Segunda División. Apretó los dientes cuando Livens levantó la pistola que empuñaba y disparó sin titubear.

Luego, durante unos segundos, pareció que el tiro no había acertado en el blanco. Dick continuó donde estaba y tal como estaba.

Pero se derrumbó al fin, súbitamente, como si algo se le desmoronase dentro, de un modo precipitado y raro. Quedó tendido en la acera. El agente Livens, tras dedicarle una mirada superficial, dio media vuelta y entró otra vez en el edificio.

Dentro de éste había ya cesado el tiroteo. El dramático silencio que reinaba semejó cernirse sobre la calle como un dosel. La gente, a continuación, surgió de todas las puertas, asomó por las esquinas, y a impulsos de la curiosidad fue avanzando hasta rodear aquel cadáver disforme y gris como un trapo viejo.

Ada sollozaba y reía histéricamente.

—Se acabó —dijo Jan con voz ronca—. Está hecho...

Supongo que ahora no te pareceré un fracasado. He sido tan flexible como él.

Con las manos en el volante del camión aguardó a que la mujer se serenase. Sabía que no tardaría, y no se equivocaba.

Ella le miró con los ojos secos, sin dolor, sin hostilidad. Jan sabía que iba a mirarle así.

—Le has matado a traición... A tu amigo.

—¿Mi amigo? —rió él.

—Era tu amigo. Te quería, te admiraba, hablaba frecuentemente de ti. Nunca te olvidó. Fue a recogerte el mismo día que volviste y te trató como a un hermano. Y tú le has matado, Jan. Eso no es ser flexible, es ser cobarde. Él no lo era. No empleaba esos métodos.

—No, ¿eh? ¿No has abierto aún los ojos, muñeca?

—Jan...

—Dije, ¿recuerdas?, que algún día te explicaría los motivos que impulsaron a Dick a recogerme. No era afecto, ni compasión, ni paparruchas, ¡qué iba a ser! ¡Era miedo, puro miedo! Tenía miedo de que yo le exigiera cuentas por lo que hizo con Waalwik, con Will Smuts y con tantos amigos míos como cayeron a traición para que él pudiera presumir de ser el amo. Tema miedo de mí porque yo había empuñado un fusil para luchar por mi Patria, mientras él utilizaba la resistencia como pretexto para llenarse los bolsillos. Tenía miedo porque sabía que yo era el único hombre capaz de desbancarle y arruinar su cochino negocio. Debió de asustarse

mucho al recibir la noticia de mi resurrección. Pero era flexible, condenadamente flexible, ¡cerdo! La solución se le antojó muy fácil: pararme los pies con golpecitos en la espalda y cerrarme la boca con chorros de oro.

Ada asintió.

—Entiendo, Jan. Le has pagado en la misma moneda que él usaba. —Hizo una pausa y añadió cautelosamente—: No puedo recriminarte por ello.

—Ya sé que no me recriminarás.

La mujer forzó una sonrisa.

—Muy bien, has jugado y ganado. Confiesa que, en el fondo, muy en el fondo, lo has hecho por mí. Pensabas en mí como parte del botín de la victoria.

El la miró a los ojos.

—¿Y te niegas acaso a ser parte de ese botín?

Ada dijo en un susurro:

—No me niego, Jan. Podemos empezar de nuevo. Me equivoqué contigo en otra época, pero estoy dispuesta a reparar el error. Te juro que seré para ti lo que nunca...

Súbitamente Jan se echó a reír. Una risa hermética, estruendosa, salvaje, insultante, que la mujer recibió como un bofetón en pleno rostro.

—¡Cuánto deseaba oírte decir eso!

—¡Jan!

El abrió la portezuela y saltó de la cabina del camión.

—¡Cuánto deseaba oírtelo decir y enviarte al diablo! —añadió—. Estoy pagado por todo el daño que me hiciste, Ada. Pagado con creces.

—No comprendo —musitó ella.

—Tú crees que he hecho matar a Dick o ara ocupar su puesto y conseguirte a ti. Tú crees ciegamente en todo aquello que halaga tu vanidad. —Jan cerró de golpe la portezuela y se asomó hacia el interior por la ventanilla—. Mírame bien, Ada, porque es la última vez que me ves.

—¿Qué significa eso?

—Significa que tú y los puercos negocios de Dick Groot oléis a estiércol podrido. Adiós, Ada... ¡Hasta nunca!

—¡Jan! —llamó la mujer, asombrada.

Jan caminaba ya calle abajo a paso vivo.

—¡Jan! ¡Vuelve! ¡Jan, no me dejes!

Llegaba una patrulla militar alemana. La gente huía.

—¡Jan!

Jan Van Oss había desaparecido en la noche.

* * *

Horch se estremeció.

No podía ser. Imposible. Había de tratarse de una pesadilla.

Lo dijo en voz alta, débil y temblorosamente:

—No puede ser.

Los dos duros y hostiles rostros se inclinaron hacia él. Los rostros de Barich y Müller, los agentes de la Gestapo llegados a Amsterdam aquella misma noche. Detrás de ellos llameaban los coléricos ojos del coronel Schultz.

—¿No puede ser? —inquirió Müller agresivamente—. ¿Pretende usted saberlo mejor que nosotros? ¡Dick Groot era el mejor elemento con que contábamos en Holanda! ¿En nombre de qué atribuciones y qué derechos, se ha creído usted autorizado a matarle?

—¡Groot era el jefe de la resistencia antialemana! —protestó desesperadamente Horch.

—¡Estúpido! Nos costó miles y miles de marcos y muchos meses de esfuerzos colocarle en ese lugar. Hubo que eliminar a todos los hombres que le hacían sombra. Hubo que desarrollar el mayor tacto y emplear las mejores dotes de persuasión. Pero Groot nos lo pagó con creces. Gracias a tenerle a él donde le teníamos, la resistencia holandesa no ha sido hasta ahora más que una farsa: sus energías se han consumido en golpes de mano inútiles, en sabotajes que no eran tales, en la transmisión al enemigo de informaciones sin valor. Gracias a Groot hemos tenido siempre ante los ojos un cuadro completo de los grupos antialemanes que operan en Holanda, hemos conocido de antemano sus planes, nos hemos puesto en guardia contra ellos. Innumerables aviadores, soldados y agentes secretos que Groot fingía sacar del país han caído en nuestras manos. ¡Estúpido, más que estúpido!

—¡Yo no podía saberlo! —gimió Horch.

Barich intervino:

—¿Dónde está el hombre que tan hábilmente le ha engañado?
Horch se volvió a él con los ojos desorbitados de asombro.

—¿Se refiere... a Jan Van Oss?

—¡Sí! ¿Dónde está?

—Le... le encontrarán en casa de Groot, sin duda. Comprendí...
comprendí enseguida que aspiraba a ocupar su puesto...

—¿Imagina que ese hombre está loco?

—¿Por qué?

—¿Qué sabe usted de él?

Horch cerró los ojos. Recordó inesperadamente que el propio Jan Van Oss le había hecho aquella pregunta: «¿Qué sabe usted de mí?»; y que su respuesta había sido: «Empiezo a sospechar que no sé lo suficiente».

—Muy poco —articuló, resollando—. Van Oss fue un personaje importante de los bajos fondos de Amsterdam. Marchó a la guerra, cayó prisionero, aunque aquí se le dio por muerto, y ha estado en Klauen, de donde regresó hace unos días...

—¡Narices! —gritó Barich.

—¿Cómo?

—¡Van Oss nunca cayó prisionero, nunca estuvo en Klauen!

—Pero sus papeles...

—Falsos. —El tono con que se expresó el agente de la Gestapo era ahora más amargo que agresivo—. Acabamos de averiguar que ese hombre fue arrojado en paracaídas sobre la zona de Aalsmeer, al sur de aquí. Era un espía, enemigo. Está bien claro, dado su modo de proceder, que fue enviado con la misión concreta de eliminar a Dick Groot y terminar con su influencia sobre los resistentes clandestinos.

Horch no dijo nada. No podía.

* * *

En el pequeño y solitario aeródromo de Hitchimbury, al norte de Oxford, en Inglaterra, el avión terminó su recorrido por la pista de aterrizaje. Inmediatamente se apagaron los focos.

Una figura ágil saltó de la cabina y echó a correr hacia el hombre que aguardaba a cierta distancia.

—Encantado de volver a verle, señor.

—Soy yo quien debería decir eso, Van Oss —respondió el hombre, tendiendo la mano—. ¿Misión cumplida?

—El traidor ha caído. Luego le daré detalles.

—¿Y la red?

—Confío en que podremos salvarla. Groot me reveló ayer el secreto de todos los resortes. Bastará con transmitir la información a la persona que se ponga al frente de la resistencia para que las mallas vuelvan a unirse y las operaciones se articulen; ahora de verdad, sin sangría de dinero y sin que nadie estrangule desde lo alto nuestra eficacia. Luego le daré también una lista de los elementos que a mi juicio deben excluirse de la organización a toda costa.

—Buen trabajo, Van Oss.

—Me he limitado, señor, a aprovechar las circunstancias.

Dos figuras más descendían del aparato. Una, la del piloto, alta, zanquilarga y varonil; la otra, esbelta y femenina.

El hombre señaló la segunda. Preguntó:

—¿La maestrita de quien solía usted hablarme?

—La misma, señor. Me he tomado la libertad de traerla. Ella cree que Inglaterra le gustará.

—¿Y la ha traído sólo por eso?

Los dientes de Jan Van Oss brillaron en la penumbra.

—Esta tarde compré en Amsterdam un traje muy elegante. Un traje que lo mismo puede servir para un funeral que para una boda... Usted sabe, señor, que no me gusta tirar el dinero.

FIN



Jorge o Jordi Gubern i Ribalta fue un novelista y técnico editorial español (Barcelona, 1924-1996).

Usó seudónimos como Bruno Shalter, Esteban Díez, Mark Halloran, Noel Gubre, Pedro Lanuza y William O'Connor.

Era primo de Roman Gubern.

Jorge Gubern Ribalta escribió novelas populares desde los años cuarenta, destacando su personaje Mike Palabras.

Ocupó luego posiciones en el equipo de redacción de editorial Bruguera, convirtiéndose en director de «Gran Pulgarcito» (1970), «Lily» (1970) y «Super DDT» (1973).